



Cartas desde el RÍO



Francisco Ramírez Viu

© Francisco Ramírez Viu, 2011

Diseño de la cubierta: Jorge Cabrera Ruiz
Diseño y maquetación: Trini Rodríguez

Depósito legal: G.C. 1021 - 2011
ISBN: 978-84-96017-83-2

Cartas desde el río

Francisco Ramírez Viu

No puedo definirte sino amándote

Leopoldo Panero

La tarde ha pasado silenciosa. El agua del río fluía tan serena que apenas he distinguido su movimiento. Y así la he acompañado durante horas. Sentado junto a un viejo chopo, mi cuerpo aún parece una piedra o un montículo de arena. Pero ahora mis ojos vuelven a fijarse en lo que se mueve, y va quedando como un recuerdo ese magnífico silencio, apenas removido por el canto de los pájaros en la arboleda. Las hormigas van regresando a sus hormigueros y un pato acaba de volar entre los chopos. Si levanto mis manos puedo sentir de nuevo su peso. Si alzo los ojos veo la estela que ha dejado un avión a su paso. A esa altura, el viento la va ensanchando y deformando como si fuese una nube o la larga columna vertebral de un sueño.

Al mirar el cielo limpio y despejado, recorrido por esa estela blanca cada vez más desvanecida, pienso en las estrellas que aparecerán cuando caiga la tarde. Siempre me ha gustado observarlas, igual

que me gusta mirar a las nubes o a la luna. La luz de las estrellas tiene un tono propio, como el de los aviones al alejarse. También ellas se separan de nosotros, nos distanciamos mutuamente para siempre. Y cuanto más débil es el brillo de una galaxia, mayor es su velocidad de alejamiento. Las galaxias se alejan unas de otras arrastradas por el impulso inicial de haber nacido.

Pero al mismo tiempo que la materia parece desmembrarse a mi alrededor, siento que algo me sostiene con firmeza a la tierra; una fuerza gravitatoria universal que actúa incluso a enormes distancias; algo que podría comparar ahora con mi propia forma de sentir, de mirar. Porque es mi mirada la que me acerca de algún modo a todo lo que se aleja: la luz de las estrellas, el significado de las palabras, el recuerdo de las cosas... La que me permite moverme entre ellas y descubrir nuevas perspectivas. Esta forma de mirar da cohesión a las imágenes que pasan ante mis ojos y proporciona hondura a mi pensamiento. Hace que mi sinceridad sea más coherente, y evita que se convierta simplemente en una actitud frívola ante los hechos y las personas que me rodean. También es mi mirada la que me acercará a ti y me ofrecerá la posibilidad de mirarte

con respeto y con pasión. Gracias a ella percibo el equilibrio como una distancia justa entre lo que recibo, pierdo y anhelo.

Esta aceptación –no encuentro otra palabra para expresar el equilibrio que siento dentro y fuera de mí: una aceptación sosegada, pero no pasiva, quizás oceánica– es como una quietud en movimiento, algo que permanece entre lo que se une y lo que se distancia, entre estas dos fuerzas o realidades. En ella los sentidos se abren tímidamente a la vera de un camino bello y solitario, casi virgen; una sensación que es, al mismo tiempo, una espera y un regreso. Nada urgente parece suceder en esta nueva estación, y tal vez sea así; como el fluir sereno del agua dentro de los ojos. En esta naciente perspectiva se espeja un espacio habitualmente oculto: apenas un sendero que se abre paso entre la bruma de lo indefinido. Es en este lugar, hoy para mí todavía innombrable, donde puedo vislumbrar un sentido cierto del equilibrio.

Sé que resulta un concepto muy difícil de definir, y me pregunto si todas las personas compartimos realmente una misma imagen de lo equilibrado (lo sensato, lo justo, lo armónico...) en algún rincón de nuestra conciencia. No estoy seguro, aunque no descarto que ese rincón compartido exista; tal vez como la imagen

de un paraíso perdido; o sólo escondido, a la espera de una mirada que pueda rescatarlo. Pero si pienso de nuevo en el universo, tampoco puedo olvidar que cada planeta y cada satélite tienen una fuerza de gravedad distinta, a pesar de que todos se formaron prácticamente al mismo tiempo y con los mismos elementos. De forma análoga, la experiencia también parece haber demostrado que la manera de observar un mismo suceso provoca reacciones distintas en las personas e inculca modos de vida diferentes en las sociedades.

Al sentir esta nueva primavera que va poblando el campo, pienso en otro despertar de la humanidad lejano en el tiempo: Pitágoras, Heráclito, Tales de Mileto y la impresionante revolución del arte griego; Buda en India, Confucio y Lao-Tsé en China... Al margen de sus coincidencias temporales, cada uno de ellos lleva un sello distintivo, matices diferenciadores importantes que se arrastran hasta nuestros días –la mirada científica, la visión personal del arte, el misticismo, un concepto de ética, también de religión...– y que dependen de un cierto entorno climático, de una forma de vida sedentaria o nómada, o de una manera de practicar el comercio. Incluso una misma

propiedad, como la que todos tenemos de identificarnos con nuestros semejantes, de penetrar en su dolor o de imaginar al menos lo que pueden llegar a sufrir, puede dar lugar a la compasión o a la crueldad. En cualquier caso, a pesar de las diferencias, estoy convencido de que sin equilibrio (sin sensatez, sin justicia, sin armonía...) se hace muy difícil la convivencia. Y no alcanzo a entender qué tipo de equilibrio puede darse en una persona o en una sociedad que no es capaz de contemplar ni de contemplarse.

Una de las cosas que he aprendido a descubrir en la arquitectura es su capacidad de reflejar el estado de ánimo de una colectividad: el rumbo de su imaginación, la cotidianeidad de las guerras, la serenidad o el nerviosismo de una determinada época... Por eso pienso que algunas enfermedades mentales –como la codicia, por ejemplo– tampoco son exclusivas de ciertos individuos, sino que afectan a grandes grupos sociales en momentos particulares de su particular historia. Porque eso mismo son los países, los Estados: estados temporales de la historia, como pueden serlo en la materia los estados sólidos o líquidos, o en algunos seres vivos los estados depresivos o eufóricos.

Una mente sin equilibrio se me asemeja, entonces, a una ciudad mal construida, deformada en su desarrollo; con un plan urbanístico diseñado únicamente para rentabilizar el espacio, nunca para habitar el tiempo. Sin lugares para el descanso de la vista o la quietud, la mente pierde la continuidad de su pensamiento y sólo puede contemplar el entorno como una sucesión de imágenes fragmentarias –sin aparente relación ni armonía–, a las que intenta hacer frente empujada por la estimulación de cada momento. Creo que ese desarrollo inhóspito sólo invita a la confusión de sus habitantes y quizás empuja también a la violencia. Esa soledad sin hogar es algo que percibo a mi alrededor, en el breve tiempo que me ha tocado vivir, aunque intuyo que es una realidad que ha existido siempre.

Cuando escucho el relato científico de mi humanidad, desde aquella primera Eva mitocondrial, tengo la sensación de escuchar un mito maravilloso; una epopeya que guarda similitudes con otras leyendas, como las de algunas tribus centro australianas, para las que tanto el cielo como la tierra son eternos; como algunos cuentos de indios americanos que narran el nacimiento de la luz; como el kalevala finlandés, en una época de bosques

inexpugnables; o como el bello relato del Génesis. El único recuerdo que guardo de aquella familia de hombres mono es muy vago y se remonta a la tarde en que decidí bajarme de una acacia para pisar el suelo duro de la sabana. Aquella inmensa y desconocida planicie se abría ante mis ojos como una promesa o una escapatoria en el horizonte. Creo que en aquel momento difícil para mi especie, quizás con la sombra de la extinción rozándonos los pies, no tuvimos más remedio que erguirnos y levantar la mirada. Y esa repentina visión del horizonte –de la posibilidad, tal vez de la eternidad–, tan distinta de la del cotidiano suelo, hizo surgir en nuestro interior una nueva herramienta: la conciencia.

Nos convertimos entonces en viajeros en busca de algo que nunca antes había estado delante de los ojos. Todavía guardo algo de aquel primer deslumbramiento en el fondo de mis pupilas: un gesto, una expresión de melancolía que vuelve a aparecer cuando descubro el infinito en cualquier rincón inesperado. Aquella distancia inclinada hacia el ocaso –o hacia la aurora– alumbró mi propio mundo interior, dio hondura a mis primeras palabras y tal vez hizo algo similar con los otros animales que me rodeaban, no lo sé. Pero es posible que no, porque muchos de

ellos siguen usando el lenguaje sólo para hablar de caza o de sexo (de guerra o de seducción, según se mire).

No me resulta descabellado entender la historia de la humanidad también como una historia individual; una íntima evolución que se va haciendo, que va tomando una dirección, que va dejando otras... La vida de algunas personas –de ciertos momentos– puede impregnar incluso al conjunto de la sociedad. De esta extraña relación entre lo personal y lo colectivo –de su integración– parece depender en buena medida nuestro futuro y la conquista de esa «vida nueva» que parece caracterizar el anhelo del ser humano en cualquier época.

Todo queda de alguna forma depositado en nuestro interior, como los sedimentos del río: valores sociales y morales, movimientos artísticos, descubrimientos científicos, mitos... El ritmo cíclico de la vida también se refleja en la historia en periodos masculinos y periodos femeninos; en periodos de cosecha y de pérdida, de jóvenes y de viejos. La humanidad que habita en cada persona deja la huella de sus vacíos, de sus instintos y certezas... Y a veces la luz alumbra esas huellas con la misma claridad con la que enciende

esta tarde las hojas recién nacidas de los chopos.

Si algún día se diese el milagro de nuestro encuentro, ese encuentro que tanto añoro, supongo que me preguntarás qué es lo que ven mis ojos cuando te hable de la belleza del río o de la serenidad de las montañas. Qué es lo que siento cuando te hable de mi amor por ti o cómo es mi tristeza ante algunas conductas de nuestra sociedad. Y no creo que sea muy distinto de lo que sientas tú. Pienso que este momento actual –el que perciben ahora mis sentidos– muestra señas propias de una edad inmadura, llena de fingimientos, de ficciones, pobre en ideas y muy insegura; algo que me recuerda a ciertas etapas primitivas de la historia. De hecho, a veces tengo la impresión de ver a gente viviendo en el interior de las cuevas, en la penumbra del conocimiento; aislados y separados de la luz; habituados en esa oscuridad a las hipocresías, a las medias verdades, a los fingimientos... Todos esos individuos que aún viven allí –voluntariamente, por supuesto– no soportan la presencia de personas veraces. Supongo que es una luz excesiva para unos ojos acostumbrados a la angustiosa oscuridad de los agujeros.

A mi entender las ficciones empobrecen la vida y la vuelven más brutal. El que finge lo hace porque acecha o porque huye, y me parece indudable que detrás de una mentira hay siempre una trampa. Pero intuyo también que las ficciones dejan de crecer cuando se habita de nuevo el tiempo, como se habita un verdadero hogar; cuando el pensamiento adulto –formado– vuelve a fluir en la corriente perpetua de la infancia. Me refiero a una infancia despierta, con nobleza en la mirada y anclada en el respeto hacia el entorno. Así no tendría sentido hablar de un tiempo para amar y de otro para odiar; de un tiempo para la inconsciencia y de otro para la sensatez. Porque sería evidente que se trata de un único y mismo tiempo, y que parcelarlo es sólo una ilusión. Desde esta perspectiva puedo entender la emoción, la entrega, la inspiración... Así puedo viajar a cualquier velocidad y detenerme en cualquier instante sin interrumpir el viaje. Porque en algún sentido mi naturaleza actúa de manera conjunta con la naturaleza que me rodea.

Y ésta es también la forma en que me gustaría sentir tu compañía: tus gestos, tus palabras, tus caricias en este largo camino por recorrer. ¿Qué otra cosa podría significar mi vida sin nuestra complicidad?

¿Qué significa vivir? Nadie lo sabe, todo depende del punto de vista del observador, de la simplificación que quiera cometer: azar, destino, razón, simple impulso... Cada explicación sólo sirve en un determinado contexto y cada postura depende del clima de ideas dominante en una determinada época. Sin equilibrio ninguna de ellas alcanza la realidad. Si para algunos la vida es tan sólo el tiempo que nos queda, para mí también es el pasado y el futuro que conviven en el ahora. Así creo entender mejor algo de la compleja dimensión del tiempo. Lo que realmente valoro es que tú quieras acompañarme durante toda esta pregunta y, sobre todo, en la respuesta. Y como todas las respuestas sinceras, ésta tampoco será clara ni rápida. Pero es la única que pueden darte mis ojos.

Como el campo que me rodea, también yo siento este renuevo fértil de la primavera. Más aún, si cabe, bajo la copa protectora de un fresno teñida de un verde claro. Me gusta imaginarte apoyada en mis piernas, descansando un momento después de un largo paseo. Cuenta una tradición popular que el fresno es el refugio de los que reinician su vida en la Tierra y que es el árbol que engendra la raza del bronce, un pueblo descendiente de los atlantes. Lo cierto es que la energía fluye aquí de manera continua, como si este tronco fuese un generoso conductor de la fuerza del universo. Creo que no hay otro lugar en el mundo desde el que pueda mirar con más confianza la vida que crece ante mis ojos.

Al imaginarte pienso en otras mujeres a las que admiro, pero no puedo compararte con ellas, porque apenas conozco su vida íntima y no sé si también ellas habrán logrado elevar su feminidad al espacio inmaterial de la entrega. Ahora,

con todo el futuro que nos ofrece el final de la juventud –o su comienzo–, la entrega se mostrará de un modo veraz; ahora que nuestros cuerpos se abrazarán en el temblor de una hoja y las yemas de nuestros dedos explorarán la forma del tiempo; con pasión, pero también con paciencia y humildad; ahora que vivir será caminar juntos, en lo fácil y en lo difícil; mientras nos sostenemos el uno al otro, tendemos la ropa, limpiamos una ventana o un pescado; con la ilusión de un poema que crece día a día; ahora que el amor no será la duda que precede a la noche, sino una silenciosa dulzura a la orilla del agua.

Cada árbol tiene su personalidad, aunque todos posean también una cualidad común: su generosidad para acoger al caminante. Los chopos y los sauces aligeran el pensamiento, lo vuelven más volátil y más puro. Los alisos son elegantes y discretos en su conversación. Sus hojas siempre me han parecido monedas de un tesoro escondido en la ribera. Los olmos representan la camaradería. Las encinas y los robles –lo femenino y lo masculino– guardan la energía del bosque, y lo cuidan desde su dilatada experiencia.

Antes, mientras subía por la carretera, he pasado bajo las ramas de un viejo avellano que crujían en el viento. El

avellano representa para mí la sencillez de lo hogareño, la intimidad. No sé si ha sido casualidad, pero al acercarme a él he tenido la sensación de que también tú te acercabas a mí y me cogías del brazo. Lo que el avellano inspira es algo que necesita el mundo actual, y es posible que en los próximos años –cuando pase esta oleada de adolescencia– veamos aflorar en el mundo miles de pequeñas grandes cuestiones surgidas del ámbito de la intimidad; de una intimidad basada en el cuidado de uno mismo y de los demás. Espero que éstos sean los temas que centren el interés de muchas personas; cuestiones que contribuirán a comprender mejor el aspecto poliédrico de la violencia, la sexualidad o la moral, y que ofrecerán una nueva oportunidad de cambio y de liberación... O una nueva oportunidad perdida.

Desde esta colina se ve la curva verde del río en la distancia como una verde posibilidad. Miro los troncos flexibles de los jóvenes álamos, de los álamos niños. Frente al espectáculo de lo pasajero, siento la hondura que los sostiene, el fluir del río que mueve su tiempo verde sin derrota. Y pienso también en la roca sobre la que estoy sentado. Algunos de sus minerales se distinguen a simple vista; el

cuarzo lechoso, los oscuros feldespatos, las escamas de las brillantes micas... Aunque los árboles son los seres vivos más antiguos de la zona, esta piedra ha visto crecer multitud de paisajes distintos a su alrededor. Su antigüedad es sólo comparable a su silencio. Su piel áspera y fría aún me recuerda las altas temperaturas a las que se originó en el interior de la tierra. La imagino formándose a varios kilómetros de profundidad, fluyendo en un magma viscoso que ascendía entre fisuras y grietas hasta desembocar en la superficie donde cristalizó definitivamente.

También los árboles participan de algún modo en este silencio. Ahora mismo puedo medir la distancia entre la vida y la muerte en la altura de los álamos del río. Contemplo sus movimientos, el paso de las estaciones en sus brotes, el avance y el retroceso de los bosques por la superficie de la tierra; y, mucho más ínfimo e insignificante, el deambular de nuestro espíritu bajo sus copas. Su simple cercanía abre la mente, la dispone a un diálogo más amplio –posiblemente más exigente– con los elementos de la realidad. El pensamiento discurre como la brisa, cada tronco es una isla que hunde sus raíces en la profundidad de la tierra y la pone en contacto con el cielo. A pesar de

que he paseado muchas veces bajo los árboles, me sigue impresionando el silencio que acompaña siempre al que camina.

La semana pasada sorprendí a una pareja de corzos al borde de un campo de trigo recién nacido. Sus figuras parecían esculturas sobre la hierba. Nos miramos brevemente y después emprendieron una huida zigzagueante, como un baile, hasta la linde del bosque. Allí se detuvieron más confiados para volver a mirarme antes de ocultarse entre las encinas y los quejigos. Supongo que si nos viésemos todos los días dejarían de huir y me sentirían pasar a su lado simplemente como un ser que camina por el mismo sendero.

Pero sé que ésta es también una tierra de cazadores y comprendo bien ese instinto de la desconfianza ante hombres y mujeres ansiosas en busca de una presa, con un ansia enfermiza de entretenimiento. La actitud de los corzos también me recuerda a la mía, cuando intento vadear esta inundación que parece asolar el mundo que me rodea, este empeño de rellenar continuamente las vidas hasta dejarlas hartas, empachadas o adormecidas. Pienso que tal vez hemos puesto demasiado énfasis en el hecho de ser «individuos» y no en la posibilidad de ser personas responsables, ya que incluso la

idea de la responsabilidad o de la madurez ofrece en tantas ocasiones connotaciones despectivas. Aquí, en cambio, más allá del deseo y la ambición, cualquier árbol sacia su anhelo con una sencillez que me atrae desde que era un niño.

Hace algunos años tuve la oportunidad de acompañar a un inspector de sanidad en su visita a un pequeño zoológico. Guardo en mi cabeza las imágenes de un lugar triste y sucio, con el aspecto de abandonado, y especialmente vejatorio para los pocos animales que se exhibían detrás de las rejas de las jaulas. Aquellos animales apenas se desesperaban cuando su «cuidador» les agredía con un palo. Me pareció que su vida mortecina se asemejaba a algunas formas del ego actual, que también me sugieren esclavitud y desamparo. En ellas la vida se va enquistando y adquiere una forma grotesca, como un gran animal creciendo dentro de una jaula muy pequeña. Y allí se refugia en la raquítica costumbre, en la rutina y en la inevitable locura si es que aún recuerda otra vida mejor. Por eso creo que el «yo», el sujeto donde anclar con sentido luchas y esperanzas, no es de ningún modo sinónimo de «individuo», sino algo mucho más complejo y enriquecedor. Si algo me quedó claro después de aquella

visita es que todos esos leones y monos encerrados eran únicamente individuos.

Cada vez percibo con más claridad que el entretenimiento obsesivo es enemigo de todo el ecosistema. No sólo me refiero a las excursiones devastadoras, a la contaminación ambiental, a los incendios provocados por la indolencia, sino a la penosa actitud que se esconde detrás: cuando no se cultiva la vida interior se acaba arrasando con la vida que hay fuera (que no es de nadie en particular, sino de todos). Por eso también la sobreexplotación de los recursos naturales es en gran medida una cuestión de falta de vida interior. No me sorprende que la continua repetición de ciertas actitudes, como la precipitación o el ansia, degeneren fácilmente en un estado de insatisfacción permanente; y que ese descontento impida mirar noblemente el entorno. Estoy convencido de que sin una vida personal más equilibrada resulta imposible impulsar el equilibrio sostenible que tanto se predica en la actualidad.

«Vivir el momento» se ha convertido para muchas personas en copiar el momento una y otra vez, con los mismos hábitos; porque el animal encerrado sólo sabe repetir una pequeña secuencia de actos mecánicos. La propia obsesión en la búsqueda del placer es un claro

ejemplo de este proceso, ya que los hábitos que genera la ansiedad se acaban transformando en una rutina que limita enormemente la capacidad de disfrute. El mero entretenimiento nunca conduce al árbol, sino al desprecio por todo lo que no es inmediato. Esa inmediatez tan extendida en la sociedad explica la ceguera ante cuestiones –como la del respeto al entorno natural– que exigen una visión amplia, sin resultados al instante. Pero la naturaleza no entiende de frivolidades, ni de comportamientos adolescentes. El que ama la naturaleza, la persona que ha sentido alguna vez la cercanía y la complicidad de un árbol, lo sabe perfectamente. Ya hemos demostrado sobradamente la capacidad de transformar nuestro entorno natural y ahora queremos hacerlo con nuestra propia genética, pero me pregunto si algún día seremos capaces de transformarnos a nosotros mismos en mejores personas.

Espero que sí y que no sea sólo un sueño. Lo espero verdaderamente, para no contemplar con perplejidad esa actitud tan brutal, de personas que se cosifican a sí mismas y se vuelven objetos de consumo dispuestos a entrar en el mercado. Esa cosificación del mundo –en parte heredera de la conciencia

cartesiana– es prisionera de sí misma. Hoy por hoy nuestra sofisticación material se traduce con demasiada frecuencia en una languidez que embota los sentidos. Sin esa idolatría de lo material, los sentidos que aún sobrevivan bajo ella (el tacto, la vista, la intuición, el sentido del tiempo y del equilibrio, el gusto...) podrían por fin respirar sin sentir el agobio de una fosa estrecha y oscura.

¿Qué sentido tiene comprar las cosas para tirarlas un segundo después como un despojo? Recopilar, acumular, gastar: cosas, personas, sentimientos... Como si todo a nuestro alrededor nos perteneciera y pudiéramos despreciarlo. Me pregunto cómo puede hablarse de un verdadero progreso –uno válido y eficaz– mientras la paz social sea considerada sólo como una mera cuestión económica. ¿Qué podemos esperar de la infracultura del usar y tirar? Sé que no habrá un nuevo paradigma de progreso social de la mano de personas manipuladoras, porque la manipulación vive siempre en los suburbios de la violencia; una manipulación que no es exclusiva de hombres ni de mujeres, sino de cualquier persona que use a los demás como simples objetos. Y muchas de estas personas tienen sus espacios reservados en destacados lugares de la política, de la

cultura o de los medios de comunicación y gozan del beneplácito de la masa.

En mi cabeza no tiene validez un pensamiento tan materialista, tan a corto plazo, y entiendo perfectamente lo trágico de ese destino. Porque ni siquiera es inteligente poner el énfasis en un único objetivo, y porque cuanto más uniforme es el pensamiento más vulnerable se vuelve y más violencia puede engendrar; precisamente por su angustiosa sensación de impotencia. Esa uniformidad afecta tanto a lo colectivo –a un sistema social o político–, como a la psique de un individuo concreto. Y algo similar ocurre con las repoblaciones de muchos bosques, todas esas plantaciones «mono específicas» –sobre todo de pinos y eucaliptos– que se plantan buscando únicamente la productividad. Los árboles, precisamente por su escasa variedad, se encuentran cada vez más vulnerables ante cualquier nueva plaga que surja en su entorno.

Desde esta loma siento la fuerza de los árboles nacidos al cobijo del río y la llaneza del campo. Y te imagino de la misma manera. Agradeceré la serenidad con la que me acompañarás y admiraré la fortaleza con la que habrás construido tu vida. Pero también amaré tu humildad, y mucho más aún el hecho de que no la escondas. En

tu compañía sentiré una nueva intimidad, como la de esta brisa de primavera que encuentra un resquicio entre las hojas para dejar algo de su calidez. Su juventud será la tuya, llena de hospitalidad y de firmeza. En ella me apoyaré para mirar de otra forma la soledad de una nube o el dolor de una sombra. Y en ti se quedarán mis ojos, también cuando mi vista ya no alcance, para mirar tus huellas mientras seguimos recorriendo este camino.

Como después de una tormenta, el campo exhala su perfume. La noche se va acercando, y en esta brisa que mueve las hojas y roza mi frente qué difícil se me hace pensar en un tiempo delimitado. Qué sencillo resulta, en cambio, entender el presente como el punto de encuentro entre el pasado y el futuro: el lugar donde es posible entregarse; un paisaje casi lunar en el que nada hace ruido; un camino sin vanidad ni leyendas, que ya no es propiamente distancia. Si cierro los ojos durante un instante puedo recordar el largo sendero que ambos habremos recorrido hasta encontrarnos.

Más abajo se oye el fluir del agua escondida entre un laberinto secreto de cerradas ramas. Los árboles guardan al río y lo abrazan. Al acercarme siento también sus brazos como los de tu cuerpo, siempre

suaves, siempre acogedores. El contorno de un sauce es el hueco de mi propio silencio. Sus frutos van madurando con el tiempo, como esta sensación de libertad. Me siento parte de las dimensiones del entorno, dentro de una vida sin servidumbre. Este roce de la naturaleza es un resorte que abre puertas ignoradas. Aquí están toda la ilusión y la grandeza que se puede albergar en la conciencia. Por eso puedo medir la distancia entre la vida y la muerte en la altura de cualquier árbol. Cuando uno lo ha conocido es imposible volver a ser el mismo, es un punto de no retorno. El árbol está tan cerca de la vida: del aire, del agua, del fuego, de la tierra... Pero siempre hace falta recorrer un trecho del sendero para poder contemplar el lugar donde habita.

El bosque termina abruptamente en un cortado desde el que se divisa de nuevo el camino, como un brochazo más claro en un paisaje ya oscurecido. Al fondo aparecen las siluetas de las primeras casas y el humo de algunas chimeneas. Presiento que también nosotros nos iremos descubriendo poco a poco, como se van revelando los árboles. Y, como ellos, también tú me mirarás desde la altura. Acaricio la amplitud de estos campos, el rumor de unas heridas que cicatrizan y siento cómo cae una fina

lluvia casi imperceptible, cómo tiembla. Mientras desciendo con cuidado por esta resbaladiza colina horadada por las cárcavas, escucho de nuevo el sonido de la erosión dentro y fuera de mi cuerpo. Me agarro a los salientes rocosos, piso con cuidado la tierra que se deshace bajo las botas y alcanzo de nuevo el sendero. El viento me acompaña en el regreso y hace vibrar las hojas de los álamos en la ribera. Reconozco su suave aleteo, su cómplice murmullo que aclara la voz de la noche. Sé que también tú puedes oírlo...

—Ven conmigo —parece decir— y así iremos juntos lejos, muy lejos, por la delgada línea, íntima frontera de los pasos...

Ahora que el sol va desapareciendo tras los tejados y los últimos árboles, pido ser capaz de sostener su brillo en las mañanas y aun en las tardes sonreír al paso del tiempo; del tiempo que nunca pasa sin herir. Quizás por eso, al sentir la confianza en la llaga abierta del olmo que crece en la plaza, pido sin pudor ser capaz de ayudarte en todo lo que necesites; porque veo cómo la vida se ha inclinado a nuestro favor y nos invita a intentarlo. Porque también yo necesito detener este ímpetu que arrastra mi débil cuerpo y descansar después de un camino tan largo. Supongo que todavía

seguiré escribiendo, pintando y sacando música de un cuerpo fiel y aún dispuesto, pero ahora sé que lo haré a tu lado.

La oscuridad se desploma sobre los árboles. Puedo sentir cómo regresa la noche por el laberinto de las sendas con sus negras pupilas en calma. ¿Qué inexplicable misterio desvela ahora la luz, mientras se esconde detrás de los árboles y se pierde por las sendas secretas del bosque? ¿Hacia dónde vuela su enjambre de posibilidades? ¿Seremos capaces tú y yo de darles vida, de mantenerlas encendidas en medio de la oscuridad?

A escasos treinta kilómetros de aquí hay una laguna encajonada en las montañas. En su orilla se levanta una aldea a la que me gusta acercarme con la bicicleta. Sus casas son de arenisca roja y adobe, y en muchas de ellas hay antiguos dibujos de pájaros y flores grabados en sus fachadas de influencia toscana. Sus calles son tan estrechas que algunas están siempre en penumbra; tan húmedas, que en ellas el musgo ha crecido con entera libertad, mezclando el rojo de las piedras con un manto verde que se extiende por todos los rincones.

Pocos son los vecinos que aún viven allí de forma permanente, y durante los días más rigurosos del invierno apenas hay diez o doce casas habitadas. Son personas recias, acostumbradas desde su infancia a cavar y segar, a pastorear o a cargar leña. Siguen cuidando del ganado y de la tierra, pero ya no aran el campo con mulas, ni recorren cien kilómetros para cambiar el jamón que tenían en abundancia años

atrás por el tocino que necesitaban para guisar. Tampoco se ven ya las lumbres de los pastores en las noches, desperdigadas por el campo como estrellas en la tierra. A pesar de tantas cosas perdidas, todos ellos conservan la mirada limpia y hasta un rasgo personal en su forma de hablar, en su uso del lenguaje; como si cada uno de ellos fuese un último representante de la variedad de pueblos que habitó la zona antiguamente.

A dos o tres kilómetros hacia el norte crece un frondoso bosque de hayas que confiere un carácter mágico a todo el territorio. Allí conocí a uno de aquellos vecinos, un pastor de ovejas cuyo rebaño acostumbraba a pastar en una vaguada en la linde del bosque, a la vera de un riachuelo que también yo había elegido como lugar de descanso en los días calurosos. Era un hombre de baja estatura, de pelo corto y negro, casi sin canas. Su cara, alargada y sin aristas, me recordaba a un canto rodado, a un guijarro erosionado por la insistencia del agua. Cojeaba de la pierna izquierda y nunca le vi bien afeitado. Sus ojos estaban muy hundidos en la cara, como si fuesen dos pequeños animales agazapados en sus madrigueras. Eran muy oscuros, casi negros, pero brillaban como si siempre estuviesen humedecidos.

Al principio nos saludábamos levantando la mano, simplemente dando los buenos días o las buenas tardes cuando el sol comenzaba a declinar y yo iniciaba el regreso a casa. No nos sentábamos muy lejos el uno del otro, pero necesitamos varios encuentros para intercambiar unas cuantas palabras seguidas. Su perro sólo se mostró desconfiado la primera vez que me vio, pero pronto se acostumbró a verme sentado por allí, leyendo o tumbado sobre la hierba, igual que su amo. Aquel hombre había transmitido a su perro el amor por el silencio, o tal vez había sido al revés. Tuve la impresión de que ambos soñaban mucho. No sé si llegaban a compartir el mismo sueño, pero sí es seguro que aquel bosque proporcionaba soporte y amplitud a sus pensamientos.

Creo que sus ojos contemplaban el paisaje como se mira algo cercano y querido, algo que podría describir ahora como un mutuo entendimiento. Aquel hombre se encontraba de algún modo en una relación correcta con su entorno, con las cosas que le rodeaban. Su mirada no parecía codiciar nada. Más bien reposaba sobre aquella tierra blanda como una piedra o un pájaro, como si ambos fuesen parte de una unidad sin rupturas o de una conciencia tranquila, llena de plenitud. Él

me invitó a soñar en silencio con un mundo en el que cada individuo cultivaba con humildad y esmero su propia conciencia, en vez de abandonarla en una oscura esquina para camuflarse en el gentío de la calle; un mundo sin maltratos, sin violencia, ya que todos sus habitantes se exigían más a ellos mismos. En aquel mundo soñado no existía la violencia de la barbarie ni la de la provocación, y tanto los hombres como las mujeres habían comprendido que la permisividad también es una forma violenta de estar en el mundo. Todas sus víctimas ya no tenían que pedir que nadie volviera a sufrir lo que ellas habían sufrido. Los habitantes de aquel mundo no retrocedían ante la vida. Y el pensamiento se empleaba para descubrir la realidad de las cosas, no para ocultar los propios errores.

Un día el pastor y yo nos presentamos brevemente y comenzamos a hablar del entorno que nos rodeaba. Él lo conocía muy bien y a mí me interesaba conocerlo. Llevaba muchos años dedicados al pastoreo y había hecho algunos sorprendentes descubrimientos que me fue revelando poco a poco. Era zahorí —o lo había sido— y tenía localizados todos los acuíferos de la zona, incluso algunos muy profundos. Era capaz de sentir el agua a setenta o noventa

metros de profundidad, sabía distinguir dónde se juntaban dos corrientes en el subsuelo, incluso sin vara, usando una simple plomada. Como buen observador de la naturaleza era capaz de distinguir los diferentes estratos geológicos y podía seguirlos durante decenas de kilómetros.

Me contó que las ovejas barruntan la lluvia con antelación y que el día antes de que llueva se mueven despacio por el campo, agarradas a la hierba, haciendo acopio de alimento. Y que las vacas corren y saltan si el día siguiente va a hacer mucho aire. Había sido pastor desde los ocho años, y desde los seis había ido a trillar en la era y llevaba en una mula la comida a los segadores. Sabía que las vacas se vuelven agresivas con el olor de la sangre y que las cabras tienen un paladar exquisito, y en primavera gustan de comer los brotes de las zarzas y las capuchas de las jaras.

Me enseñó que el té que crece en el monte sobre las rocas limpia el estómago y que las ortigas favorecen la circulación sanguínea. Gracias a sus indicaciones aprendí a distinguir la manzanilla de la magarza, a reconocer el tomillo salsero con que se aderezaban antiguamente las aceitunas en maceración. Supe de la bondad de las malvas y el orégano para los

resfriados. Me habló de muchas plantas cuyas propiedades conocía por tradición o por su propia experiencia: aulagas, majuelos, cantuesos... Pero quizás su gran descubrimiento era una profunda cueva en la que aseguraba haber visto una veta de oro y los restos fósiles de un extraño lagarto volador. No tengo por qué dudar de él, aunque lo cierto es que nunca llegué a entrar en ella.

Una tarde muy calurosa yo me había entretenido en el regreso. Estuve leyendo un buen rato, apoyado en el tronco de un viejo chopo caído sobre la hierba, mientras trataba de vencer la pereza de pedalear durante hora y media de camino a casa. Él apareció con su rebaño bien entrada la tarde y se sentó a mi lado. De vez en cuando echaba un vistazo al libro que yo estaba leyendo, pero creo que apenas hablamos. Cuando comenzó a atardecer no tuve más remedio que vencer mi comodidad y decidí iniciar el regreso. Me incorporé, guardé el libro en la mochila y me acerqué a la bicicleta. Cuando me volví para despedirme, sonrió y me dijo:

—Yo busco algo que no existe.

Le dije que sí, que estaba de acuerdo y que la próxima vez que nos viésemos hablaríamos de eso si le apetecía. Asintió con la cabeza, nos saludamos como

solíamos hacer, levantando brevemente la mano, y comencé a recorrer el largo camino de vuelta.

No le he visto ni he sabido nada de él desde entonces, a pesar de que ése sigue siendo uno de los lugares preferidos de mi bicicleta. Un vecino de la aldea me dijo hace poco que había caído enfermo y que había viajado a la tierra de su hermano. Vendió el rebaño y se marchó. Me ha asegurado que intentará enterarse de su dirección, y cuando lo haga me gustaría visitarle y continuar aquella conversación que apenas llegamos a iniciar. Intuyo que ambos contemplábamos el paisaje como un ser completo, íntegro; como algo que proporciona seguridad y recogimiento. Y seguramente eso era lo que nos unía. A pesar de que ambos buscábamos algo que no existe, me gustaría decirle que también yo sigo contemplando con emoción la integridad de este paisaje que nunca está en venta; y que esa misma integridad será la tuya. Y éste es el tesoro más preciado que tengo. También me gustaría verle para decirle eso, si a ti no te importa.

Todas las cosas que consideramos vivas somos bioquímicamente parecidas: tenemos proteínas, ADN, ARN... Pero muchas veces tengo la sensación de que toda la materia está viva; latiendo, transformándose, más allá de mis sentidos, dentro de una vida de la que también yo formo parte. Por eso puedo entender la firme voluntad del carbono o la sutil inteligencia del fósforo. Una mayor o menor abundancia de un elemento como el fósforo tiene repercusiones palpables incluso en las actividades humanas. Los huesos que lo contienen abundantemente son más grandes y fuertes, como ocurre en el continente africano, en el que existe una mayor variedad de mamíferos de gran tamaño. En Brasil, por ejemplo, los huesos de los monos son mucho menos consistentes. Tal vez por eso algunas tribus sudamericanas hacen una papilla con los huesos de los difuntos y se la comen. Supongo que necesitan incorporar fósforo a su propio organismo. Así, las necesidades

del metabolismo pueden provocar ritos religiosos. Si el ciclo del fósforo marca en parte el ritmo de la biosfera, quizá tampoco sea casualidad que el nacimiento del ser humano se haya producido en una tierra rica en este elemento.

Sabemos algo de las cosas que vemos, pero desconocemos absolutamente la realidad que no roza nuestros sentidos. Nuestra miopía –cercana a la ceguera– sólo permite fijarnos en lo que pasa por delante de nosotros, en algunos sucesos o en alguna de sus partes. Por eso nuestra atención parece centrarse fugazmente en el descubrimiento de unas medusas inmortales que parecen invadir el mundo, en el dramatismo de un asesinato o en el rumor de una ola, hasta que otra cosa nos llama la atención al momento siguiente. Estamos inmersos en una realidad que nos supera ampliamente, igual que la página en blanco supera a cualquier poema que empieza a tomar forma. Sólo vemos lo que nos asombra un instante: una determinada relación entre dos sucesos, el trozo de una historia, el esbozo de un personaje, el relámpago de una tormenta...

Tal vez, cuando describimos la realidad no hacemos otra cosa que hablar de nosotros mismos, desde nuestro interior. Y quizás por eso pretendemos «humanizar»

la compleja realidad que nos envuelve. Una mirada fría verá, seguramente, un universo frío. La persona que mira con sencillez seguramente descubrirá sencillez. En esta realidad que nos excede vamos desvelando aspectos afines a nuestro modo de sentir. Y esos descubrimientos también modifican nuestro paisaje interior. De alguna manera, somos lo que vemos y vemos lo que somos. Esta complejidad de la que formamos parte me impulsa a pensar que siempre habrá algo que aprender por mucho que nos adentremos en el futuro. Y no concibo una actitud más libre que la de procurar vivir con honradez en medio del tiempo que nos arrastra.

Supongo que algún día podremos conocer el pasado y el futuro de los miles de estrellas de una galaxia, las relaciones que se establecen entre los millones de galaxias y también entre los posibles universos paralelos. Y nos parecerá natural ese descubrimiento, como ahora nos parece normal la ciencia de la genética o el uso de las microondas. Para entonces ya se habrán abierto otros interrogantes mayores que el universo actual (o simplemente distintos). Por eso intuyo que algún día podré viajar contigo a Tauro, la estrella más próxima fuera de nuestro sistema solar.

La compleja red de asociaciones que se establece entre las neuronas me resulta semejante a la complejidad presente en el cosmos. Y veo tanta belleza en un atardecer como en el nacimiento de una metáfora. Ahora mismo, en el espacio que me rodea –y en mi interior– hay estrellas que se dilatan y otras que se contraen. Millones están a punto de morir congeladas, millones acaban de nacer de una oscura nebulosa y su luz aún tardará millones de años en llegar hasta mis ojos. Y más numerosas que todas ellas son las operaciones de mi mente, los pensamientos que puedo generar durante una vida. Si en cada segundo de visión podemos recorrer trescientos mil kilómetros de espacio, ¿por qué no vamos a recordar la curva que se extiende entre nuestra Vía Láctea y la galaxia más lejana que conocemos, situada a doce mil millones de años luz? ¿Por qué no vamos a llegar a Tauro, si la luz apenas tarda cuatro años en recorrer esa distancia?

En cierto modo, la cartografía del universo guarda un parecido con la cartografía de nuestra mente. Y lo mismo que en el cosmos, también en nuestro cerebro se encienden y se apagan determinadas regiones cuando interpretamos el significado de una palabra o de un gesto. ¿Qué

partes se hallan ahora activas? ¿Cuáles están en reposo? ¿Cuántas generaciones de estrellas vivieron y murieron en la Vía Láctea antes de que el Sol naciera? ¿De qué forma se organizan las neuronas y cómo coordinan sus tareas? No sabemos con exactitud cuándo dejará de brillar esta estrella que sobrevuela nuestras colinas cada día, ni tampoco cuándo se extinguirá la luz que ilumina nuestra mente. Pero sé que algún día lo hará. Porque también nosotros, como las estrellas, perdemos calor.

Creo que el universo –al igual que la conciencia– no se explica ya con la mecánica clásica, ni lo hará tampoco solo con la física cuántica, porque para comprender la realidad necesitaríamos integrar lo enorme y lo minúsculo que coexisten en nuestro interior: traspasar una frontera entre dos regiones distantes, aún no conectadas. Y ese tránsito, el camino que une ambas regiones, tiene que andarse siempre en ambas direcciones; una vez y otra; deteniendo el paso con infinita calma; viviendo el paseo; hasta que simplemente acabe desapareciendo dicha frontera... Si existiera un conocimiento así, si pudiéramos recorrer el sendero entre lo de fuera y lo de dentro, tendríamos que ser capaces de mirar con más hondura y con

más dignidad; con amor. Este modo de conocer, si realmente lo hubiera, no sería propiamente intelectual, aunque tampoco místico, sino que también los pondría en relación.

La razón es necesaria para el avance de la ciencia, aunque no garantice la sabiduría en absoluto. La mística me parece un buen camino para ordenar la vida, aunque no sea suficiente para estudiar el mundo. Pero sin ella, ¿desde dónde potenciaríamos los valores éticos; ese equilibrio interior que vaya más allá de simples pactos o leyes sociales? Probablemente, al igual que ocurre con la bipedestación, nuestra vida sea un desequilibrio constantemente compensado, con el objetivo de que el centro de gravedad caiga dentro de la base de sustentación. Por eso considero tan importante que mi vida personal tenga también una buena base de sustentación: todo lo que está relacionado con la ética. El conocimiento al que podríamos aspirar, y cuyo desarrollo supondría un auténtico progreso en todos los sentidos, sería un cierto modo de intimidad con la realidad que sostiene y dignifica al pensamiento intelectual. Creo que sin esa intimidad, alejada del simple utilitarismo, las ideas humanas acaban perdiendo siempre su referente.

No somos sólo un punto ínfimo (insignificante, despreciable) dentro de las infinitas combinaciones que ofrece el vasto espacio de la materia. Somos, en función de las perspectivas que seamos capaces de mantener, expresión de esa inmensidad. Y si yo fuese capaz de soñar soñaría un mundo en el que no todas las posturas tendrían la misma validez, ni todas las opiniones merecerían la misma consideración; porque, habitualmente, las personas que menos se exigen son las que menos ganas tienen de aprender y de respetar. Por eso no comparto esa convicción tan generalizada de que todas las posturas valen lo mismo, ni de que todas las ideas merecen igual respeto. Me parece que detrás de esa obsesiva proclama se esconde una terrible hipocresía.

En ese mundo que sueño seríamos capaces de entender que tanto la humildad como el esfuerzo son necesarios para orientarse entre la complejidad; y que la indiferencia no sirve de guía en un firmamento que aún está ardiendo. Esas luces tintineantes en la oscuridad me invitan cada noche a mirar pacientemente. A mirar, sin más. Porque de alguna manera la noche tiene la capacidad especial de alumbrar mi interior. Posiblemente los primeros dibujos del ser humano no se

hicieron en una cueva, sino al aire libre, en el firmamento estrellado. Pienso que muchas de las inquietudes y certezas de la humanidad fueron representadas en los dibujos de las constelaciones; en los que conocemos y en otros que quizás no hayan pasado a la historia. Fueron expuestos allí precisamente para poder narrarlos con cierta perspectiva cada noche.

Ahora sé que éste es el lugar en el que deseo vivir; un espacio en el que las palabras son como las distintas luces que matizan el camino bajo los árboles. No hablo de conceptos ni de significados, sino del lenguaje más común en el universo: la luz. La luz, como la palabra, me parece la expresión más plena de la creación. Y sólo puedo mirar a su través, al regazo de su calor, de su sombra, de su claridad, de su movimiento... De la palabra que vive entre los pensamientos y las sensaciones, en el umbral del silencio. En este naciente, bajo los árboles, entre las infinitas luces que parpadean sobre la hierba, vislumbro de nuevo la linde entre la vida y la muerte. Aquí, en este centro, se funden el ímpetu de la tierra y el ímpetu del cielo. Y vibra mi entrega en medio de la tarde, como las hojas mecidas por la brisa.

Desde luego, no creo en la predestinación ni en la providencia, pero tampoco

en la casualidad entendida de una forma absoluta. Como poco me parece un concepto tosco y animista, como el que cree en la justicia divina o en la bondad del universo. Lo «casual» es utilizado muchas veces como una excusa para no admitir la responsabilidad de los propios actos. Las distintas casualidades me parecen, más bien, encuentros provocados por los círculos concéntricos que forman nuestras pisadas en el agua de la vida. Tampoco confío en algunos de los preceptos de las ciencias de la mente o de la conducta. Muchos «científicos» de la psique no saben, o no quieren, escuchar las voces que no han aceptado vivir esclavizadas a la sola fuerza de sus pasiones. Por eso sus diagnósticos contienen la descripción sesgada de sólo algunas de las muchas posibilidades de afrontar la realidad; habitualmente —por desgracia o por interés— sus posibilidades más trágicas y violentas. Pensar así equivale a no pensar, a llevar entre los brazos el peso estéril de la ropa empapada.

El fondo del hombre no es sólo ese sustrato borroso sobre el que se asientan sus pasiones. También es el lugar donde arranca su cultura y su espiritualidad. Y es en medio de esta divergencia donde puedo encontrar el equilibrio que facilita el desarrollo integral de mi persona. Tengo

la impresión –y te lo digo humildemente, sabiendo que puedo estar equivocado– de que hoy se confunde la naturalidad con el exhibicionismo. Y que ese estado «natural» del hombre del que tanto se habla no es la antesala de ningún tipo de paz, sino un regreso a la violencia, a la pura barbarie; aunque en nuestro caso sea una barbarie llena de tecnología. La incontinenencia sigue siendo otra de las formas de la derrota y también es esclava habitual de nuestros hábitos más violentos. Y no comprendo cómo puede aspirar a vivir en paz una sociedad poblada de vidas conformistas. La historia de la humanidad que se hospeda en mi conciencia ya ha conocido suficientemente el reinado del instinto como para no valorar la liberación que supone la exigencia.

Miro el límite de una sombra sobre la hierba y pienso que toda la realidad se congrega aquí, entre la luz y la oscuridad, en un suave balanceo de contornos difusos: verdaderas estaciones del tiempo. Para viajar a la velocidad de la luz habría que alargar el espacio y el tiempo pasados y arrugar el universo que tengo por delante para hacerlo más próximo. Y eso puedo hacerlo casi sin moverme, a través de los ojos de mi conciencia. Yo mismo, cualquier persona que despierta, es pro-

piamente una distensión temporal: como esos agujeros de gusano de los que habla la física, capaces de conectar entre sí diferentes regiones del espacio-tiempo. En eso consiste el despertar de una conciencia que se abre al presente, llena de pasado y de futuro. Por eso la propuesta de la física actual, como la del arte contemporáneo, es la de volver a la infancia; como una gran metáfora.

El rincón de cualquier sombra cobija al infinito. Este frágil equilibrio abre en el cuerpo un dolor sin herida, que es como una fina lluvia que se adentra en la piel... Pero no creo que esta adaptación a la luz tenga que ser vivida en términos de lucha, sino de compromiso con la mirada; de perseverancia en el tiempo. Porque las visiones sólo muestran poco a poco la profundidad de las cosas. En el borde de esta sombra resulta sencillo entender la energía del vacío; en el borde entre el espíritu y la razón; una energía que es como un gran armario donde se guardan todas las cosas, donde nada se tira... Me pregunto cómo puede hablar de otro mundo el que no concibe éste.

Miro el cuadro que cuelga encima del sofá: un lienzo sencillo, sin marco. Su marco lo forman, más bien, los otros cuadros que lo rodean; incluso la habitación entera; y a veces, los robledales, la memoria o el universo. En él asoma una hoja entre la niebla, una hoja que parece temblar dentro y fuera del lienzo. La densidad de su luz es leve y extraña, como la de un eclipse de sol; una lábil claridad que apenas se sostiene y deja entrever un horizonte fantasmal. A pesar de los años que han pasado desde que lo pinté, aún me evoca un terreno de relieves borrosos, de sendas que se adentran en la niebla pobladas por brujas y demonios. Aún puedo sentir la embriaguez de su magia. Y tal vez esta luz del cuadro no refleje sino el temblor de mis propios pasos en algún lugar del camino.

También con el pincel procuro rescatar algo que tiene sentido, aunque sólo sea capaz de sacar a la luz, a la intemperie de mis ojos, un brillo, apenas un matiz de su significado. Por eso cada pincelada es fruto

de un diálogo, y cada cuadro es al mismo tiempo una explicación y un interrogante. Nunca he pintado para dar nombre a las cosas, sino para acercarme a ellas y sostenerlas entre las manos un instante. Las formas que dibujo no pretenden copiar ni representar la realidad, sino expresar el movimiento a través del cual me relaciono con ella.

En cierta manera, cualquier forma—línea, pincelada, trazo— puede ser un viaje real, intenso, hondamente vivido... Y como en un viaje, también en cada trazo, en cada pincelada, se dan cita ritmos distintos: momentos de exaltación y de plenitud; de duda, de quietud o decaimiento. El placer y el temor van creciendo juntos dando forma a este anhelo. El mismo placer y el mismo temor que advierto ahora cuando te presiento tan cerca del manantial que da vida a estos cuadros. Así es el roce de mi alma con el alma del mundo. Y mi deseo es que esta misma unión que se da entre el pincel y la realidad también contribuya a afianzar el puente que nos mantenga unidos a ti y a mí.

Si acerco mis ojos a un árbol puedo dibujar la forma de una hoja apenas con una mancha difuminada. Pero ni puedo copiar fielmente su aspecto externo, ni me interesa destacar lo que se esconde detrás:

una ciudad, un pueblo, un fotograma de la historia... Sólo deseo caminar bajo la luz que me relaciona con ella y nos convierte en algo «inseparable»; sentir lo que la hoja tiene de mí y lo que yo tengo de ella. La luz deja entrever la verdad en la que creo, y la hoja es una simple hoja abandonada al cielo, sostenida por la claridad. Allí se concentra todo lo que reclama mi atención. ¿Y cómo voy a separarte a ti en este proceso, si es el proceso de mi vida; si ya en mi infancia aprendí que el color es una de las formas del volumen; si desde niño no he hecho otra cosa que elegir los tonos de ciertos colores en mi interior, como si yo mismo fuese parte del paisaje?

Un pintor fue la primera persona que me mostró con acierto algunos rincones de la creación artística. Era un hombre alto y elegante, de humor fino y un talento especial para sacar belleza de casi cualquier cosa. Él me animó a perseverar en un proyecto del que yo apenas era consciente. También me previno contra la incomprensión, natural y casi inevitable, de los que pretenden rebajar el arte al nivel de sus acomodadas costumbres. Allí, entre bastidores, escenarios, exposiciones de pintura y muebles vanguardistas, aprendí que la originalidad nada tenía que ver con la excentricidad. Fue entonces

cuando adquirí la costumbre de hacer con mis manos algunas de las cosas que llenan mi vida, y a compartirlas con los demás: cuadros, poemas, esculturas, canciones...

Siendo muy joven tuve la oportunidad de impartir ocasionalmente clases de pintura en una academia infantil. Sin saber prácticamente nada de métodos ni técnicas, compartí con un grupo de chavales la aventura de pintar sobre el papel los colores de la música, la textura del silencio o del movimiento. Recuerdo a una niña muy morena que siempre pintaba nubes, aunque nunca significaran lo mismo; y a un niño que usaba los tonos rojizos y anaranjados con una facilidad asombrosa. Me di cuenta de sus diferentes personalidades y de sus prometedoras intuiciones. Todos tenían proyectos o tendencias que ya se podían palpar en su modo de expresarse. Cuántas veces me pregunté quién arrojaría sus sueños en el futuro.

También los trazos de este cuadro son de algún modo infantiles, porque sus raíces siguen creciendo en esta inmensa llanura que acepta cualquier mirada, cualquier anhelo. Al igual que ocurre en la infancia, el proceso creativo es una libertad sin mayúsculas y sin minúsculas, sin palabras. Cada pincelada es un regreso

al pasado para construir un futuro que antes no fue posible; un regreso hasta ese instante crucial en el que se originan los mitos para darles otra forma. Y yo mismo lo conseguiría más a menudo si mi pensamiento no estuviese tan lastrado de prejuicios racionalistas, obcecados en separar tradición y modernidad. En mi opinión, el auténtico acto creador salva esta brecha ya que es conservador y progresista al mismo tiempo.

Miro la luz de la tarde, tan tenue y sin embargo tan clara. Como esta incipiente primavera ronda desde hace días la ventana. Se acerca despacio, como si arrastrase el peso del invierno, y el gesto frío que descubro en su calidez se refleja en mi retina apenas unos instantes, como un recuerdo desvaído. Es una luz tierna, venida de algún lugar remoto y que ahora busca abrigo dentro de la habitación. La imagino detenida en tus hombros, mientras descansas recostada sobre el viejo sofá, y me pregunto si los años que vendrán alcanzarán por fin su asiento. Intuyo que sí, aunque te confieso que me resulta difícil concebir nuestra existencia sin una cierta soledad. Sólo espero que sea una soledad bienandante, en la que juntos podamos sentirnos cerca de las cosas que amamos.

Desde la ventana miro cómo se agita la hierba en la brisa. El viento balancea sus puntas y las hace brillar en olas plateadas, pasando su mano una vez y otra por sus tiernas cabezas. Parecen lenguas blandas que apenas balbucean palabras y se pierden en la confusión del aire. Miro cómo se abren caminos entre la hierba, y cómo se cierran al instante. Se separan, se confunden, se entrelazan... Las sombras de las nubes cabalgan deprisa sobre el trigo recién nacido. Las veo acercarse como ingravidas coladas de lava que oscurecen a su paso la tierra. Sé que no podría escapar de ellas aunque echase a correr con todas mis fuerzas. Pasan veloces por encima de los tejados y se alejan en dirección a las montañas.

Si giro la cabeza puedo ver también un camino blanco y recto. Un grupo de flores pequeñas y amarillentas vibran en las lindes de los campos de trigo. Tapizan de alegría la arcilla rojiza bajo las piedras, la tibia sangre de la tierra. Por momentos puedo escuchar su música, tan leve y cristalina que parece un sueño. Ahora mismo no recuerdo su nombre, pero sé que tienen una vida breve, que salen a las pocas horas de haber llovido y viven tan sólo unos días, tal vez semanas; hasta que el calor las abrasa. Sin embargo, al

mirarlas me doy cuenta de que su breve vida agita un tiempo más amplio en mi conciencia; como si toda la eternidad fuese el primer día después de la lluvia. Sus menudos cuerpos también se asemejan a algunos recuerdos, cuando me mirabas con los ojos muy abiertos, del color del musgo y las aguamarinas, de los bosques y de las algas.

—¿En qué piensas?

Yo pensaba en ti y en las moras y frambuesas de los caminos. En tanta felicidad enredada entre la bondad de las piedras y el olor del trigo recién segado. En ti, que eras todo mi universo desde hacía mucho tiempo. Desde hacía casi una semana; la primera semana entera de toda mi vida, desgranada minuto a minuto.

—En nada —dije.

También tú quisiste disimular, pero tu voz fue un suspiro triste, como el de la lluvia en el valle.

—Ah.

Los dos callamos nuestra alegría y nuestro rubor. Yo miré hacia los chopos que se balanceaban en el prado. Miré los cantos rodados del río y las colmenas. Me hundí en la hierba y escuché el vuelo del agua en la cascada. Mi amor... Lo decían los gorriones y las cigüeñas y los milanos y las culebras de agua y las ranas y los

grillos y la hierba y mis ojos y mis doce años; y tus ojos y la suavidad de tus manos y tus lágrimas que se escuchaban como la lluvia de los chopos y tus doce años recién cumplidos y tu cabeza ligeramente inclinada y tus pequeños latidos como flores de campanilla. Mi amor...

Sé que quise y no supe cómo. Sé que llegaba el final del verano, y que el campo estaba amarillento y seco. Sé que tardé mucho tiempo en abrir la boca. Ahora sé tu nombre y el de todos los árboles que te rodeaban. Sé que te amé y sé que tú también. Sé que fui muy pequeño y que tu pelo caía sobre tu cara y rozaba la mía, que los minutos oprimieron mi corazón y que lo llenaron de gozo. Sé que el río bajaba manso detrás del molino, aquella piedra de granito redonda y extensa como el mundo. Sé que te miré disimuladamente y que rozamos nuestras manos. Sé que tembló el chopo blanco como nunca lo había hecho. Sé que fui demasiado pequeño. Sé que pasó la tarde, que se quemaron las nubes, que despertaron las estrellas y que sentí frío.

Sé que después hice un pequeño dibujo. Muy pequeño y lleno de colores. Como las espigas reflejadas en tus ojos, como estas pequeñas flores del camino. Como las moras y los granos de arena de

la ribera. Un dibujo tan pequeño como lo era yo entonces... Sólo sé que al final me volví para quererte, y ya no estabas.

Tal vez por eso haya regresado al río, no lo sé. Es posible que éste sea el mejor camino para encontrarte: junto a su ribera, siguiendo los meandros de sus paseos. En este lugar, ancho y profundo, crece mi certidumbre. Pero no se trata de una metáfora, sino de una realidad que prosigue su vida entre los árboles y que no puedo obviar aunque sea la forma más misteriosa del corazón. Pienso que tal vez mi compromiso ha permanecido entrelazado con la ambigüedad hasta que he podido conocer los límites de mi propia duda; y que sólo a partir de ellos ha surgido el compromiso más real. Por eso es aquí, en este espacio vivo, donde voy conociendo lo que te puedo ofrecer y lo que no; lo que puedo pedirte y lo que no. El río me ofrece la posibilidad de compartir su intimidad y de reconocer la mía.

Algunos paseos –ciertos viajes, ciertos movimientos– anuncian el momento inmediato de un cambio, señalan el inicio de una etapa y de alguna manera el fin de otra. Pero lo hacen de una forma natural, sin parcelar el tiempo, mostrando ante los ojos las posibilidades que se abren y las que se pierden. Lo único que

los distingue de otros movimientos es la actitud: el compromiso que mantienen los pies con el material del camino; los ojos con la luz que se ofrece; el aire con los pulmones que llena. Creo que nunca he viajado en soledad para poner a prueba mi valentía ni para solucionar ningún conflicto interior, sino para acercarme de otra forma a la existencia. También así puedo dar sentido al estrépito de los demás pasando de largo. A veces me he sentido cansado, te lo aseguro, otras he buscado desesperadamente las fuentes o las sombras, y otras no he tenido más remedio que dejar parte de mi cuerpo colgado de las ramas de los árboles para poder acompañar el rastro de un sendero.

Aún me gusta observar los rostros de la gente y mirar después el fluir del tiempo, como dos mundos distintos que tal vez sólo aparentan respetarse. Algunas imágenes quedan caprichosamente atrapadas en la red de la memoria, como la de una niña con ojos de siemprevivas o el gesto de un hombre que parecía segar con su mirada. Algunos movimientos vienen definidos por una cierta ausencia de límites y un contacto con lo no definitivo. Son un terreno pantanoso en el que prevalece el coraje de aprender, el instinto de la decisión, la sincera disposición de

acercarme a las fallas o a los abismos de mi vida... Qué lejos y qué cerca queda todo en esos instantes.

Ahora que la luz va apaciguándose recuerdo un largo viaje que hice con el coche prestado de un amigo. Había estado conduciendo absorto durante más de una hora con una sensación de alivio y de inquietud. Después, en algún momento, me sorprendió la belleza de la tierra. Un corte transversal en la montaña mostraba una sucesión de estratos de diferentes colores –desde el rosado hasta el verde, haciendo escala en amarillos y rojos– y también de edades muy distintas. Percibí la vejez del paisaje, cuando toda aquella extensión se cubría con las primeras plantas terrestres después del cierre total del Océano de Japeto*. Las plantas con flor aparecieron mucho después y creo que guardan cierto parecido con las actuales magnolias.

En la roca se veían pliegues y fallas, como desgarrones en la bandera multicolor. El tiempo aún se enredaba entre aquellos

* Este océano de nombre mitológico se formó aproximadamente hace 550 millones de años por la primera dispersión de Pangea (la distribución de los primitivos continentes) y se cerró completamente hace unos 400 millones de años. Su nombre se debe al hijo de Urano y Gea (el Cielo y la Tierra), hermano mayor de Tetis y antepasado de todos los hombres.

pliegues y se fracturaba en las fallas. La mayor parte de ellos eran colores suaves, sacados de algún paisaje impresionista. A los lados de la carretera se fueron sucediendo calizas, cuarcitas, pizarras y yesos. Los estratos de calizas mostraban los avances de los mares del Cretácico, y las areniscas sus retrocesos. Los enebros crecían sobre un suelo rico en carbonatos, mientras el camino serpenteaba silencioso entre lomas, valles y campos dorados de trigo...

En aquel silencio, y en éste que ahora nos delata, pienso que tenemos la capacidad asombrosa de influir en lo que aún no existe. Para llegar hasta aquí nos habrá sido necesario –tanto a ti como a mí– ver el horror y el placer separados por una línea tan delgada como infinita, como los difusos contornos de esta hoja o los límites de aquellos estratos geológicos. Esa línea se ha transformado ahora en la ribera de un río. Ya sólo me gustaría caminarla contigo, a tu lado, y entablar un diálogo que nos haga volver a nacer en cada despertar.

El cuadro tendrá más sentido cuando también tú sepas lo que quieres, cuando te sientas capaz de construir en compañía y puedas mostrar, sin miedos ni fingimientos, toda tu ilusión. Entonces la

hoja blanca y nebulosa seguirá colgada en la pared, pero apenas distinguiremos su temblor. La manta con la que te abrigaré estará doblada en el sofá. Miraré cómo cierras las cortinas del salón y llenas un vaso de agua. Percibiré por un momento todo el tiempo transcurrido en este viaje, hasta que tu voz me llegue suave y cercana. Me preguntarás por mis pensamientos y sonreirás. Al levantar los ojos ya estarás aquí, a mi lado, y sentiré la seguridad de tu cuerpo apoyado en el mío. La luz se ocultará detrás de tu pelo y mis manos anudadas en tu espalda anunciarán el final de la travesía. En tus labios sentiré de nuevo el dulzor de la corriente y en ellos se detendrán mi boca y mis ojos.

Estas rugosas areniscas están salpicadas de pequeños agujeros: estrechos y largos túneles horadados en la tierra, sobre todo en los taludes que forman las antiguas terrazas del río. Son nidos de abejarucos, ahora vacíos, pero que volverán a estar habitados dentro de algunas semanas. Cada pareja construye precavidamente varios túneles en sus colonias de crías para despistar a las comadrejas y a las culebras. Vendrán de África, como cada año, cuando esté un poco más entrada la primavera, y los veré muchas tardes posados en los cables telefónicos; decenas de ellos, como si fuesen un grupo de amigos charlando en una sobremesa. Junto con los pájaros carpinteros y las oropéndolas son las aves de tamaño medio más vistosas de estos campos. Me gusta detenerme cuando los veo volar y observar sus cuerpos romboédricos en el aire. Los abejarucos parecen animales prehistóricos, viejos

reptiles voladores surcando el cielo de estas fértiles campiñas.

Percibo la invitación de la tierra, su bienvenida, aún en esta fría mañana y bajo una ligera llovizna que aviva mis sentidos. Este paisaje de colinas redondeadas y la débil luz sobre el camino son la puerta de entrada a un recinto amplio, sin límites. Y me siento niño de nuevo ante esta tranquilidad y este misterio que se abre a cada paso: en el temblor de un tallo, en el aleteo de las hojas de los álamos. Camino por el campo como lo hago a través de la palabra, y de lo que ambos comparten de silencio. Camino por un campo donde la palabra sigue formándose desde sus nacientes. De alguna manera todo el universo sigue naciendo, estallando de nuevo en cosas casi invisibles, de modos prácticamente inadvertidos, como réplicas de un «big-bang» que no cesa.

Ante la visión de este sendero que se adentra en el futuro, siento en mis manos el peso de las llaves con las que partí por primera vez. Confío en que ya pronto no me harán falta, cuando pueda descansar a tu lado, sobre las colinas, y te sienta mezclada con el limo y la arena. También hoy la curva verde del agua se abre como una posibilidad entre las sombras de la maleza. Cuántas veces, tendido entre

el aliento entrecortado de los juncos, he visto flotar en su corriente las horas recién muertas del ahora; y cuántas veces he creído escuchar en su rumor el eco de un momento más amplio.

Bajo la débil lluvia la tierra parece hincharse levemente, como si inspirase un aliento de aire. Para entregar después una mezcla de olores terrosos y aromáticos. Me siento sobre una piedra, debajo de la frondosa copa de un sauce, disfruto del frescor de la bruma y escucho el tañido de una campana. El agua corre como una niña pequeña y lo seguirá haciendo abundantemente mientras dure el deshielo. Después se cerrarán las presas y el río bajará con poco caudal. Por eso las plantas acuáticas y las algas son cada vez más abundantes. Mecen sus largas melenas verdes en la corriente. Son ellas las únicas que han sacado un cierto provecho de la polución del río, de un agua cada vez más turbia y contaminada, cada vez más pobre en oxígeno.

Hasta hace no mucho las bacterias eran capaces de descomponer la materia muerta, pero ahora es tanta la suciedad que generamos que no consiguen limpiar el río de residuos orgánicos. Ni siquiera los hermosos juncos que crecen en la orilla –antiquísimos remedios contra algunos

venenos y cuyas raíces contienen un eficaz antibiótico— consiguen mantener limpia el agua. Es verdad que la lluvia alivia un tanto esta herida, pero en las estaciones secas el problema se refleja con enorme claridad: el río parece un simple desagüe.

Siento dolor por el agua. Un dolor que también es por mi vida, por mi vida de agua. Si de niño viví a orillas del mar, ahora lo hago en la ribera de un río, donde puedo curvar el barro como hacía entonces en el taller de un maestro alfarero. Y toda el agua que vive dentro de mí se revela ante este maltrato, que siento también como un maltrato de la infancia, y ante tanta ceguera. Y lo mismo te ocurrirá a ti, porque también tú habrás conservado la mirada limpia de la niñez. Ambos sabemos que las heridas del agua son heridas en nuestra propia carne y en nuestros sentidos. Y estas cicatrices de la corriente llegan al mar que nos rodea por todas partes.

Muchos de los recuerdos de mi niñez están unidos al mar; cuando mis ojos rastreaban aquellos primeros secretos en la orilla, entre las rocas; aquel rumor de olas susurrando palabras en un lenguaje que sólo yo podía descifrar... A veces buscaba algo difícil de definir, pero lo hacía con la misma paciencia de un pescador que recogía pequeños cangrejos para su cebo,

o la de una garceta, blanca y estilizada, acechando un pez entre los charcos que deja la marea. El viento convertía el pelo de una niña en tentáculos de un pulpo bajo la espuma. La leyenda de una isla fabulosa se erguía en el horizonte como el mástil de algún anhelo, con su cuerpo de roca. El mar siempre era distinto: su ánimo, su color, el empuje de las olas... La playa cambiaba cada día su luz, el contorno de la orilla, las huellas de pisadas en la arena, la arquitectura de las piedras... También ella tenía sus lugares íntimos, invisibles para todos menos para mí. Y todos estos lugares formaban al mismo tiempo un único lugar tan parecido a mi alma que apenas podía distinguirlos.

Algunas tardes, después de echar un partido en la arena, caminábamos por el viejo muelle cubierto de líquenes húmedos y resbaladizos hasta las escaleras de su costado izquierdo. Allí nos bañábamos, protegidos del mar abierto, en un agua cristalina y profunda rodeados de peces. Nos tirábamos de cabeza, nos empujábamos, nos esforzábamos por ser los más rápidos, los más atrevidos; por no perder la figura en el aire, por nadar con soltura. Nuestras risas infantiles resonaban en aquel espacio entre acantilados y se perdían en un eco casi infinito. Yo no podía dejar de mirar

aquel vientre de piedra que se sumergía en lo oscuro. Me fascinaba la visión del viejo muelle dentro del agua, aquella oscuridad gastada pero firme, y para mí eterna. Lo palpaba mientras buceaba sin una intención clara, sintiendo su cercanía, la cercanía de todas las cosas; la realidad sumergida, el misterio sentido en la oscura profundidad del agua...

También las gaviotas se hundían en el mar y alguna volaba de nuevo con un pez aprisionado en su pico. Entonces las demás la perseguían por la orilla para intentar robarle la pesca. Ya posadas, a veces yo quería acercarme y pasar a su lado sin que levantasen el vuelo, sin molestarlas. Me acercaba despacio, me detenía, avanzaba un paso, dos, sin mirarlas de frente para no asustarlas. Y ellas hacían lo mismo que yo. Se alejaban caminando a lo largo de la orilla, dejando sus inconfundibles huellas en la arena mojada, manteniendo conmigo siempre la misma distancia.

Después de bañarme, y antes de subir a casa, me sentaba en el muelle con los pies colgando y miraba el agua. Primero hacia abajo, donde me acababa de bañar y después, lentamente, hacia el horizonte, hacia los últimos acantilados que se recortaban delante de mis jóvenes pupilas; con el pelo mojado, sin toalla,

con las palmas de las manos apoyadas en la vieja piedra encharcada... Lo tengo tan grabado que todavía cierro los ojos y puedo escuchar aquel mar tan inmenso y tan pequeño como yo...

Cuando los abro siento de nuevo la mansedumbre del agua cayendo casi sin fuerza sobre las hojas. El tiempo transcurre sin prisa. Todo parece concentrarse en la lentitud de la lluvia. Los sonidos se apagan. El paisaje se muestra más recogido. El velo gris del día parece tan leve como una intuición. Una lavandera blanca se mueve ligera entre las piedras del río, seguramente cazando caracolillos. En la orilla de enfrente sobresalen las raíces de algunos álamos. Huele a lluvia. Y a hierba mojada. Varias ramas se vencen sobre el agua y sus hojas se balancean cuando rozan la corriente. Si no estuviesen firmemente ancladas en las ramas el agua las llevaría río abajo. Las miro despaciosamente, mientras escucho el rumor de un remolino unos metros más adelante. Los pájaros dejan de cantar cuando se recrudece la lluvia. Pero su silencio apenas dura unos segundos. De nuevo las gotas caen suavemente sobre los árboles y alimentan lentamente al río. Y traen olores a retama y a romero. Siento la intimidad entre el agua y la tierra. Un

roce que deseo respetar... El río se mueve por gravedad. Una rama vencida cabecea sobre la superficie del agua. Un jilguero tiembla por el movimiento de la rama. Y el aire se agita bajo sus alas. También yo puedo depositar un recuerdo para que lo lleve la corriente... Tal vez así se mueve el mundo, en un roce casi imperceptible entre todas las cosas.

Sin la percepción de ese roce el mundo se vuelve ajeno, algo de lo que es posible abstraerse. Y quizás sea ese distanciamiento, esa excesiva abstracción que nos aleja de la realidad, la que nos permite usar después a los demás como simples objetos. Desde la distancia es más fácil hacer cualquier tipo de daño: contaminar un río que no conocemos, probar un virus en una olvidada aldea africana, o incluso tirar una bomba sobre unos niños que no se quieren distinguir desde la altura. Y seguramente esas atrocidades también estén estrechamente relacionadas: porque el que es violento con la Tierra suele serlo con sus semejantes, y viceversa. Por eso intuyo que la degradación ambiental es un síntoma revelador de la íntima degradación de una sociedad.

Cualquier violencia (física o psicológica) parece llevar en sí el germen de una imposición. Y tal vez esa necesidad de

imponer (de imponerse) se vaya fraguando desde la infancia, cuando uno solo sabe pedir. Ese continuo reclamar se extiende en cualquier persona desde que nace hasta que adquiere suficiente autonomía. Pero en el ser humano este periodo de dependencia es excepcionalmente largo si lo comparamos con la gran mayoría de los animales. Y posiblemente sea esta larga dependencia la que invita a algunos a usar el entorno con codicia, sin fijarse en nada más. Por eso tampoco me parece descabellado pensar que un progreso basado únicamente en la dependencia material produzca un mundo particularmente violento. Pero sólo es una suposición.

A pesar de que el agua ha tenido históricamente un carácter sagrado –el bautismo de los cristianos, la nube de lluvia de Buda, las aguas de la vida del hinduismo–, tampoco ha quedado libre de la contaminación. Me pregunto de nuevo de dónde surgirá ese empeño por tirar así nuestros residuos, trasladando el problema al que está debajo de nosotros; en el más estricto sentido: aguas abajo. Es sorprendente la capacidad que tenemos para tirar las cosas y esconder la mano. ¿No se explica la unidad del ciclo hidrológico en los colegios y en las universidades?

¿Por qué tanta irresponsabilidad? ¿Cómo es posible tan poca exigencia?

La gran mayoría de las personas, si no todas, nos hemos hecho preguntas, también hemos flirteado con el misterio en los primeros años de nuestra vida. En mi caso, creo que la mayor parte de mi capacidad creadora, el desarrollo de mi pensamiento conceptual y mis anhelos más arraigados se forjaron en esa lenta maduración que va de los cinco a los doce años de edad. Y de ese clima de descubrimientos y asombros nació para mí el respeto hacia la realidad, porque es ella la que generosamente me permite conocer y crear. Intuyo que es también a esa edad cuando otros se afianzan en el disimulo. Y no me cabe duda de que la vida es mucho más confusa cuando se edifica sobre la mentira; cuando ésta se convierte en la forma convencional de moverse.

Espero que algún día nos demos cuenta de nuestros errores y podamos mejorar la relación con nuestro entorno; pero para eso se hará imprescindible una sincera reconciliación. Supongo que entonces entenderemos, además, que el acercamiento a la palabra –y a cualquier faceta de la creación– exige un verdadero compromiso. El oficio que proporciona el trabajo realizado con hondura permite ser

consciente del valor de los errores, porque tanto la creación artística como la científica están íntimamente emparentadas con el ejercicio y con los fallos; con la experiencia. El error debería ser reconocido –no ignorado, ni camuflado– para poder aprender de él.

Un creador con oficio no huye del error ni se somete a él, sino que trata de incorporarlo a su proceso creativo; lo investiga y le ofrece pistas nuevas. Siempre para aprender, para mejorar. Las imperfecciones forman parte de nuestro crecimiento, porque siempre estamos haciéndonos (tal vez porque nacemos sin haber sido engendrados del todo, como sugería María Zambrano) y porque ya hemos construido gran parte de nuestra evolución a partir de ellas; tanto que hasta nuestra propia mirada –y creo que también la de los demás vertebrados– se sostiene literalmente sobre una imperfección: en el fondo de la retina, las primeras células que tocan la luz forman un campo de girasoles que sólo son capaces de recoger los fotones que llegan en unas direcciones determinadas. Y encima de ellas existen otras muchas capas de células nerviosas que disminuyen la luminosidad y la entorpecen. ¿No parece una metáfora de nuestro conocimiento?

Si yo fuese capaz de soñar, soñaría un mundo que aprende de sus errores y en el que nadie contamina el agua que luego va a beber o en la que se baña. Nadie manifestaría tan poco amor por la vida. Sería impensable hacerlo aquí, viendo cómo cae mansamente, cómo empapa la tierra, cómo fluye el río corriente abajo. Sería fácil entender que formamos parte de un ecosistema y que todos nuestros actos –todos– repercuten en nuestro entorno y en las vidas de nuestros semejantes. Esta interconexión se produce en cualquier ámbito y en cualquier sentido: tanto en lo ecológico como en lo social. Y ahora que empezamos a constatar que cualquier acción contaminante en el medio natural o en la economía –se produzca donde se produzca– nos afecta a todos, quizás deberíamos caer en la cuenta de que eso mismo sucede con la contaminación ética o moral.

Ésta es una de las ideas que más me han impresionado desde hace algunos años, y que me acompaña desde que la comprendí por primera vez: la importancia de las pequeñas revoluciones interiores; la trascendencia que tienen mis decisiones cotidianas en el entorno que me rodea. Para mí fue un verdadero hallazgo descubrir que no sólo podía cambiar aspectos de

mi personalidad (en cuestiones como la sencillez o la generosidad, el respeto o la exigencia, por ejemplo), sino que aquellas transformaciones interiores también se extendían –de una manera real, aunque no medible– fuera de mí, como una nueva forma de ser que antes no existía. Fue revelador comprobar cómo un minúsculo descubrimiento interior (y la decisión que generaba) modificaba mi entorno. De esa constatación surgió mi concepto de responsabilidad. Por eso no puedo compartir esa opinión tan generalizada de que cada persona puede hacer lo que quiera con su vida privada, ya que a nadie más le afecta. En realidad nos influye a todos. Lo bueno y lo malo de cada persona nos afecta a todos los demás.

Así, con algo más de honradez personal –y de exigencia– los monopolios de ciertas palabras (Dios, Progreso, Cultura...) tampoco estarían en manos de grupos a los que sólo les interesa el poder, no el conocimiento; nuestros acuíferos no estarían llenos de arsénico o nitrógeno, y el término «sostenible» no sería la panacea que es ahora; un adjetivo cuyo simple y constante uso parece suficiente para crear una sociedad sostenible. Y seguramente tampoco asistiríamos a este momento actual de terrible desamparo de la infancia.

Tampoco la política tendría su vista anclada en los periodos electorales, sino en un espacio de tiempo mucho más largo y, sobre todo, más hondo. En mi sueño, o en mi delirio, el político no se movería por el ansia de votos y se le juzgaría siempre por sus actos, nunca por sus promesas. Y no tendría sentido jactarse de haber vencido a un contrario para el que también se debe gobernar. Esa actitud violenta sólo puede suponer un peligro para el conjunto de la sociedad. Estoy convencido de que la permisividad en la política actual es fruto del engaño que reina en la vida personal de muchos políticos. En esos casos ni siquiera me atrevería a hablar de demagogia, sino de podredumbre.

Desde luego yo no tiendo a soñar, pero si fuese capaz de hacerlo, soñaría que existe un mundo en el cual el hombre devuelve al agua parte de lo mucho que ella le ofrece. Y lo mismo ocurriría con la palabra, porque también ella requiere un compromiso y una exigencia. Me pregunto ahora, cuando algunas gotas de lluvia empiezan a traspasar la frondosa copa del sauce, qué clase de libertad puede existir donde no hay compromiso. Y también me pregunto por qué la sociedad da voz a tanta gente que no aporta nada especialmente bueno. Esta falta de criterio, esta idolatría,

me parece una de las muestras más palpables de la falta de espiritualidad y de sentido común de una colectividad. Sólo así se explica que la palabra, como el agua, tampoco haya quedado libre de la contaminación: la información sesgada en los medios de comunicación, gran parte de la crítica literaria, la publicidad, el discurso convencional, también en el arte... Y también así se entiende la falta de autoridad moral de gran parte de mi sociedad. Porque sólo la voz propia –mezcla de exigencia y humildad– proporciona una cierta honestidad. Para mí escribir –como cualquier otra faceta de la creación– es una manera de desplegar el futuro o de dar vida a un pasado que antes no fue posible. Y eso exige mucho respeto. Por eso intento que mis palabras sean, al mismo tiempo, una promesa y un cumplimiento.

En mi sueño nadie se acercaría a las palabras, al manantial del que brotan limpias y libres, para beber de ellas un instante y arrojarlas después como un despojo sin sentido... Pero ahora mismo, tan cerca del agua, percibo el lenguaje –y la vida– como el pequeño sendero que parece vislumbrarse en la otra orilla. He cruzado varias veces a esa ribera para buscarlo y, aunque parezca mentira, aún no he dado con él. Me pregunto si no serán eso mismo

el lenguaje, la vida: un pequeño sendero
que sólo resulta visible desde la otra orilla;
la que siempre tengo enfrente.

Atardece. Un hombre trabaja en un huerto. Huele a tomillo, y en el balcón de una casa se agita un molinillo de viento. En el cielo sólo unas pocas nubes sobrevuelan los montes, y varias tejas se cubren de moho junto al lavadero. Puedo mirar todas estas cosas y sentir las como partes de un cuadro; las más inmediatas. Pero más hondamente que ellas, dando profundidad al resto del paisaje, sobresale un castillo derruido coronando un cerro. Esta luz lo vuelve resplandeciente. Me he acercado a él en varias ocasiones y hasta he dormido en su interior, ahora completamente hueco tras los muros. El paso del tiempo y el transitar de la gente han ido robando, además, parte de su muralla, los escudos, las puertas y los arcos. Muchas de sus piedras forman parte de las fachadas de las casas de los alrededores. Y no puedo olvidar que los mismos que las roban fueron engendrados un día entre sus torres o bajo su protección. Pero a pesar de todo,

del expolio y el olvido, sigue conservando su voz sobre la altura.

Hoy sus ruinas me parecen más vivas que muchas de las cosas que conforman el frágil presente. Siento que todo lo que ha supuesto alguna vez aquel ayer se ha desmembrado en partes, y cada una de ellas lleva una clave de su antigua unidad. Así contemplo también el misterio de la existencia: como un niño que busca el dibujo completo en un puzzle. La realidad –el mundo del que soy consciente– me parece un arcano de innumerables dimensiones, un indescifrado juego de piezas y movimientos en el tiempo y en el espacio. El sentido del universo no parece estar en ninguna parte, sino en todas, diseminado por la materia como las piedras del castillo. Y yo siento el anhelo de ver cómo se van reuniendo pacientemente en mi corazón y en mi cabeza.

También la tierra está llena de hombres y mujeres de épocas diferentes conviviendo en el mismo momento; y algunas de esas formas de ser –incluso las más primitivas– habitan en mi interior, siguen presentes en mi memoria. Realmente algunos de esos seres parecen surgir de las oscuridades del tiempo. Los veo pasar con los rostros apretados, las manos ansiosas, su mirada embrutecida de idolatría... Seguramente

también tú y yo fuimos víctimas de ese vicio en algún momento, deslumbrados por el brillo de las baratijas. Y tal vez por eso no me gustan muchos aspectos de la sofisticación actual, porque no creo que representen un verdadero progreso.

En demasiadas ocasiones el progreso del que hoy tanto se presume no es más que una sofisticada evasión; una máscara que esconde el burdo intento de adulterar el tiempo, de falsear la realidad: la propia y la ajena; quizás para no sentir el peso de la misma existencia o para tratar de encubrir el primitivismo, la neurosis o la psicopatía de muchos individuos poderosos, no lo sé. Lo que sí sé es que ese falseamiento de la realidad acaba nublando la mirada. Sólo así entiendo que la cultura actual, tan llena de tecnología, no sea capaz de conservar lo que nos ha hecho mejores y se convierta, con penosa frecuencia, en una manera de ignorarlo o aniquilarlo.

¿Para qué queremos un progreso material si no va unido a una mejora espiritual? ¿Para qué queríamos una sociedad de médicos, ingenieros, programadores, jueces o economistas desalmados, sin alma? Si sabemos que la riqueza interior no es sinónimo del poder adquisitivo, ¿por qué esa obcecación en concebir el progreso social exclusivamente como

una cuestión económica? Muchas veces llego a la conclusión de que un progreso sin memoria (anclado en la urgencia del ahora) es algo que nace mutilado; un ser indefenso que acostumbrará los ojos a un paisaje artificial y que nunca podrá construir una existencia satisfactoria.

Si lo viejo tiene un ritmo determinado, también lo tiene lo nuevo. Y ninguno de ellos por separado representa el progreso. Mirando el castillo, desde luego, advierto mi propia responsabilidad de aunar ambos en un ritmo propio que sí me parece imprescindible para aspirar a un progreso real. Creo que ese ritmo aún se puede reconocer en la memoria: en un lugar intermedio entre lo de fuera y lo de dentro. Por eso no concibo mi memoria como un simple fognazo de imágenes pretéritas, sino también como una cierta proyección hacia el futuro; algo que debe crecer entre el recuerdo y la imaginación; como crece pacientemente un árbol entre las hojas caídas de otros otoños y las flores. ¿Qué es la memoria de las flores sino el árbol? ¿Dónde deberían mirar si quisieran tener algún recuerdo? Aquí mismo, a su lado, hacia este ser majestuoso de altas ramas que parece sobrepasarlas por completo, pero que les da sombra por las tardes y que apenas se diferencia de ellas. Así

también mi propia memoria, que no se esconde dentro de mi mente, sino que me aguarda en esta inmensa realidad a cuya sombra vuelvo a nacer. Por eso creo que aprender a mirar es ejercitar la memoria. ¿Dónde me descubro, me recuerdo, sino en las rocas, en la espuma, en el viento, en las estrellas...? En una distancia, en un sonido, en un tacto... Es en ese roce en el que puede surgir la conciencia de lo que soy, y mi relación pasada y futura con la realidad.

Hasta la nostalgia de la fantasía me parece una forma de la memoria, una manera de recorrer la realidad presentida en mi recuerdo. Cuando sueño, intuyo o imagino no hago nada más que recordar parte de lo que ya es. Y a veces, excepcionalmente, soy capaz de recombinar los elementos de la realidad de un modo que me parece novedoso, que apenas recordaba. A través de la memoria –quizás en su forma más poética– puedo acceder, aunque sólo sea fugazmente, a la visión de otras realidades que permanecen ocultas en la cotidianidad, siempre sujeta a la estrechez de un tiempo presente. A veces estas realidades son semillas que crecen en un humilde huerto por donde paseo. Otras veces son las hojas caídas de algún otoño casi olvidado.

Pero la fantasía, como la escucho recitar en tantos lugares, resuena más bien como una perpetua fuga de uno mismo. Esa necesidad de evasión –una de las facetas más desoladoras del progreso actual– se me asemeja a las hojas muertas que arrastra la corriente. En mi caso, todo lo que veo lo he visto antes en otra parte, y los nuevos espacios que se abren no los siento como conquistas sino como territorios que puedo reconocer (con respeto y con voluntad de aprender). ¿Cómo podría dejar entonces que otros vivieran por mí? ¿Cómo podría aceptar esa inútil evasión? ¿Por qué iba a convertir mi vida en un espejismo? Me gusta esta tierra que piso, el aire que me sustenta, y puedo sentirme tan ingrátido como cualquiera de las cosas que veo. ¿Cómo podría imaginar la transparencia de la colina, por ejemplo, si de hecho ahora, en esta luz del atardecer, todo se vuelve transparente, hasta el vientre de la colina? Sinceramente, no puedo imaginar lo que veo porque de hecho ya lo estoy viendo. Y aun, algunos días, ni siquiera puedo ver las cosas porque estoy –sin imaginación– dentro de ellas; recorriendo esa distancia que se aloja en la memoria.

Que lo mágico exista en un mundo paralelo o esotérico me parece una

consumada derrota. Lo mejor de lo mágico es que existe en este mundo real, donde para algunos su existencia está vedada, es imposible o no tiene sentido. Pero de la misma forma que se puede distinguir a una persona por su aura (que posiblemente sea alguna manifestación de su campo energético), también se la puede medir por su peso, por su altura, incluso por su productividad económica. El significado de la «persona» se va ampliando con el paso del tiempo, proporcionando más sabiduría a unos, más desorientación a otros y dejando indiferentes a muchos a los que aparentemente nada de esto interesa. Sin embargo, a pesar de la indiferencia de tantas personas, es un hecho evidente que la mayoría de los conflictos de la humanidad tienen aquí su causa: en el concepto de persona que cada cual está dispuesto a asumir. Aquí reside la verdadera magia del ser humano, el rostro veraz de su progreso: en proyectar un mundo u otro.

Para mí la misma evolución biológica y nuestra existencia son ya un hecho mágico, el resultado de un empujón o un codazo en un determinado momento de la ruta. Si una pequeña desviación tiene consecuencias que cambian absolutamente el futuro; si hoy somos primates en lugar de organismos

pelágicos como «Amiskwia»* o cualquiera de los seres extinguidos a lo largo de la evolución, ¿cómo no voy a creer en la magia de la voluntad: en los retos, en las decisiones de largo alcance que dependen de miríadas de actos minúsculos? En esas pequeñas decisiones –diarias, íntimas– se diseña realmente el rumbo de la historia. Los grandes acontecimientos son sólo su consecuencia. Por eso resultan tan decisivas las conductas personales; porque influyen en todas las demás vidas. Por eso quiero comprometerme contigo. Y ésta es la razón por la que no me atraen las personas incapaces de cumplir su palabra.

También tú estás muchas veces detrás de todo, de mi memoria entera. Por eso te puedo amar antes de conocerte, y reconocer el olor de tu cuerpo, el de tu piel en calma y el de tu piel tensa, cuando te agites nerviosa por dentro sin decir una palabra. Por eso puedo verte aquí mismo, a mi lado, mientras sostengo la vista en este castillo luminoso y me viene a la cabeza la

* Amiskwia era un animal nadador de cuerpo plano, perteneciente a la fauna extinguida del yacimiento de Burgess Shale en Canadá; una fauna de animales blandos magníficamente conservados que incluye varias especies que no pueden relacionarse con ningún grupo actual conocido y cuya evolución, interrumpida hace 500 millones de años, habría cambiado por completo el escenario de la vida tal y como hoy lo conocemos.

imagen de una lejana ciudad; una ciudad de arena envuelta en el sabor dulce y cálido de un dátíl. No sé por qué la recuerdo ahora. Quizás tenga algún sentido que no advierto, o guarde relación con el olor de la lumbre en una casa vecina, o con la tenue columna de humo que sale por su chimenea. Sólo sé que entre esa ciudad y el paisaje que me rodea se abre un espacio largo e impreciso. Algo de ambos está aquí presente de una forma tangible, material, en la misma continuidad del tiempo. Entre ellos no encuentro un verdadero comienzo ni un fin que me permita desarrollar la trama de ningún acontecimiento.

Recuerdo cómo un hombre me acercó en su motocicleta hasta un sencillo albergue, sin agua caliente ni cigarrillos, y cómo se despidió con una sonrisa mientras dejaba una espesa nube de polvo al alejarse. Contemplé aquella motocicleta con un gesto de asentimiento. Y en aquel grupo de casas bajas que no ocultaban el cielo me pareció ver el mismo barrio donde nací. La ropa tendida se balanceaba en una suave brisa intermitente y dos tórtolas se perseguían en el filo de una azotea.

Después de unos minutos de indecisión entré en el albergue, y comprobé con alivio que no había ningún problema para encontrar una litera libre donde pasar la

noche. Dejé mi mochila encima de una cama y di un largo paseo por una ciudad plana de arena y arcilla. También entonces estaba atardeciendo. Una caravana de camellos se demoraba al cruzar una calle, otros bebían en charcas casi inexistentes y la piel de una cabra se secaba sobre una piedra. En aquella luz rojiza las casas parecían tambalearse, apoyadas unas sobre otras como un grupo de amigos en una noche de borrachera. Un cordero salió de una puerta. Tres niñas caminaban con grandes recipientes en la cabeza bordeando los pozos de adobe, y algunos calderos brillaban como joyas entre la arena.

Después de vagar sin prisa por calles silenciosas encontré la mirada de una chica en el interior de un zaguán. Guardaba un parecido asombroso con un cuadro de Madrazo –el retrato de su hija– que me gustaría enseñarte algún día. Aquel rostro familiar hizo que me sintiera de nuevo en casa, muy cerca de ese lugar donde conviven todas las cosas amadas. Supe entonces que realmente yo nunca me había movido de ninguna parte, y que mis sentidos se abrían simplemente para respirar el olor de una higuera, para escuchar el sonido cristalino del viento entre los chopos o contemplar la sencillez de algunas tardes: como siempre... (Ahora

creo que todas esas sensaciones amadas son fragmentos de un único instante conocido; aquel que despierta mi intuición del tiempo, mi íntima percepción de la eternidad).

Aquella mirada, aquel momento, no reflejó sólo un punto de fuga o una perspectiva, sino la certeza de estar recorriendo una estación permanente, que sólo muestra su rostro en algunas ocasiones; en un tiempo interior donde la quietud y el movimiento forman una misma cosa... Y del mismo modo como nace, ahora siento que se hunde como las botas en el barro... Antes de que desaparezca completamente podría recordar aún mucho más lejos, cuando la tarde se demoraba en la confusión del viento y la voz liviana de las aves algodonaba el paseo entre los árboles. También allí nos tuvimos en el futuro. Podría seguir el rastro del tiempo hasta ese instante en que todo estaba concentrado en algún punto, a escasos metros de aquí, mientras descansas y te miro en algún lugar del universo; antes de haber nacido y mucho después de haber muerto en el hogar de cualquier memoria; donde ya no se pueda hablar propiamente de recuerdo, sino de un cierto tipo de olvido donde surge la presencia; deliciosamente tumbado como entonces, sintiendo la

respiración de todas las cosas; deseando, como no he deseado nunca hasta este momento, que me recojas para siempre en la tuya.

Ahora, mientras una bandada de patos cruza el cielo hacia el sur, sólo puedo decir que cuanto mayor es el conocimiento, mayor es también la amplitud de la mirada y la intuición del porvenir; la atención, no sólo a lo que se marchita, sino también a lo que está naciendo. Esta suerte de compromiso, también de liberación, que trae consigo el conocimiento no consiste en otra cosa que hacer ver la luz a ese hermano pequeño que llevo dentro; a ese ser casi ciego que me donó su vista y los demás sentidos para que uno de los dos pudiera desarrollarse. Esta liberación comprometida no es un acto de generosidad, sino de justicia. Realmente no sé dónde se produce nuestro almacenamiento molecular, ni cuáles son los neurotransmisores más decisivos. Sólo sé que el conocimiento es un cierto estado de latencia; posiblemente el punto de unión más fiable con nuestro entorno. Y que esta luz generosa transparenta cada día la memoria de todo lo existente. Aunque casi no la comprenda.

La desnudez de la primavera resulta más sutil que la del otoño. La luz otoñal es más solemne, más reveladora. En ella la sangre va hundiéndose irremediabilmente en la tierra. Los árboles, abandonados, se visten de fuego (como si también ellos recordaran) antes de que el frío acabe por descubrir sus esqueletos. En primavera, en cambio, advierto la apacible transición de las estaciones, una cierta lentitud de campo, de flores que alegran el bosque, de zarzales que se espesan para dar cobijo al tiempo. Quizás sea la actitud de estos chopos, tranquilos, confiados, sentados al borde del río. Tal vez sea el sonido de un lejano campanario o el vuelo elegante de las lavanderas cascadeñas lo que me hace apreciar su sutileza. Tal vez sea esta luz en sombra ardiendo sobre el vientre de las cosas, no estoy seguro.

Me siento en la hierba, junto al rumor del agua, debajo de un hermoso sauce lleno de flores que cuelgan de sus ramas. Junto a él crecen varios chopos altos y

espigados. A pesar de que algunos aún no han florecido, casi todos muestran ya un verde tan vivo que resultan casi resplandecientes. Pienso en la luz que desprenden estos árboles, en la pureza de su carácter. Junto a ellos también yo siento renacer mi cuerpo después de un largo invierno. Un petirrojo gorjea desde una rama desnuda, apenas a dos metros de mi cabeza. Me asombra que me haya visto llegar y no haya huido. Debe de estar tan concentrado acotando su territorio para criar, que tal vez no se haya fijado en mí o no me considere un contrincante. Le miro unos instantes y descubro un pequeño arce entre los rosales silvestres y los helechos, lejos de su territorio natural. El bosque está lleno de sonidos y fragancias musicales, y la delicadeza de su voz va dejando en mi cuerpo la amable sensación de su compañía.

El petirrojo continúa con su canto, y yo silbo tratando de acompañar de algún modo su canción llena de estrofas cortas y agudas. Su música no posee la elasticidad de los mirlos, la elegancia del jilguero, ni la melancólica tristeza de la alondra. Pero se maneja muy bien con los ritmos, incluso con la gravedad o la exaltación de algunas emociones. Sus palabras, breves y sencillas, evocan la misma sencillez del

mundo. Como un eco intento imitar sus sonidos y después me dejo llevar por la improvisación, dejando –como él– espacios en silencio para escucharle. Así, entre silencios y palabras, nuestra conversación se prolonga un tiempo indefinido mientras cada uno hace conciencia del otro.

Éste me parece un buen lugar para improvisar melodías. Todo el bosque es una gran sala de ensayo: al amanecer, durante la tarde, en el crepúsculo, por la noche... Cada uno de sus diferentes cantos me parece hermoso: desde la queja lastimera del mochuelo hasta los maullidos de las alegres abubillas. Algunos ofrecen una variación asombrosa y una extraordinaria riqueza de matices. No sé hace cuántos años que adquirí esta costumbre de silbar bajo los árboles, pero entiendo que es un sano ejercicio de libertad y una fuente auténtica de placer.

La luz se descompone al entrar en el bosque y se detiene sin prisa en cada hoja. Sólo así desvela los infinitos matices de cada vibración. Cuando la brisa las mueve, la claridad parece temblar sobre el verde. Esta canción de la luz en las hojas también me ha enseñado a mirarte. Porque también tu corazón es el lugar donde anidan las aves y tiemblan las hojas de los chopos; el espacio en el que resuenan

los fados más oscuros y crecen las flores iluminadas de las jaras. También tu voz tendrá esta facultad de hacerme vibrar por dentro. Y en ella escucharé de otra forma el latido del agua.

Este recodo del río no es un lugar secreto, ni un escondite, sino un lugar donde mirar el mundo; con sus luces y sus sombras. Ahora mismo esta orilla está oscurecida y la de enfrente claramente iluminada. Y en la tensión del agua se reflejan ambas realidades. ¿No es así también nuestra música, nuestro reflejo? Como un ser mitológico, somos mitad luz y mitad sombra. Estamos tan dentro y fuera del mundo, tan dentro y fuera de nosotros mismos...

Este campo solitario podría curar cualquier dolor, si es que hubiese algún dolor que curar, porque su compañía nunca defrauda. Cierro los ojos y escucho el sonido del viento como un concierto. En él se disuelven mis pensamientos y la forma de las palabras. Cuando los abro de nuevo siento que soy lo que veo. Sin fronteras, todas las cosas avanzan en la misma dirección, en un puro dinamismo, en la sutil intención de existir. No hay nada que nos distinga, nada físico ni moral que pueda separarnos. La savia fluye por la tierra y yo me disuelvo y tomo la forma de

las nubes. Como una nube me asomo a estos campos mecidos por el aire, como el cernícalo y el águila cenicienta que planean ahora mismo sobre los árboles. El viento lleva en su desbandada la desconfianza y el aliento, mueve las hojas y hace vibrar la fragancia de las jaras y los romeros. Noto que un soplo de vida viaja por los canales de una ciudad en paz y veo que yo mismo fluyo en el vuelo de los mirlos, de arbusto en arbusto, sin aparente esfuerzo.

Siento la alegría de estar libre de bienes, libre de ataduras, de temor, de envidia y de malicia. Podría pasar de un sueño a otro sin poseer nada, sin lamentar nada, sin desearlo apenas. Y como seguiría diciendo Henry Miller –el Miller más lúcido–, seguro de que la vida y la muerte son una misma cosa, y que no se puede disfrutar o abrazar una de ellas si la otra está ausente. Los hilos que sujetan la realidad se tornan visibles en la luz carnosa de la tarde. Ascendo por ellos como un globo sin peso, peldaño a peldaño de una escalera que se pierde más allá de la estrella polar, que llega hasta la cumbre donde todo es deshacerse.

También en el piano voy descubriendo esta extraordinaria capacidad de unión entre las cosas. Las melodías parecen surgir a veces de las entrañas de la tierra

y hay algo entre las notas que se asemeja a la luz, quizás sólo su invisible estructura o un silencioso taller en el que poder moldear la materia. ¿Cómo se podría escuchar la música sin escuchar el silencio?... Si los silencios son precisamente pausas entre las notas. Si las notas no son sino pausas en el silencio...

Estos días he estado componiendo una breve canción que alberga dos emociones distintas –la nostalgia y la esperanza–, aunque ambas habiten juntas en la melancolía. En ella se suceden, como imágenes entremezcladas, el final del invierno, una débil lluvia, el recuerdo amable de un pasado lleno de futuro, la distancia, el viento sobre la hierba, las nubes, las hojas de los árboles...Y una secuencia de silencios que las enlaza y les da su forma musical. Creo que es una composición impresionista, muy sensorial, como el canto del petirrojo; relacionada directamente con el despertar de los sentidos, como la primavera. En ella siento su peso y su equilibrio. Y también me parece entrever una luminosidad parecida a la que contemplo en el bosque.

En el piano, como en el río, las estructuras se forman y desaparecen en el fluir del agua. Más que con las manos voy aprendiendo a tocar con los ojos,

tratando de sostener la mirada dentro de una canción que simplemente se va formando entre palabras y silencios; como si recorriese las estancias de una casa antigua llena de recuerdos, de puertas entornadas, quizás en un día lluvioso y bajo una luz muy tenue. No trato de inventar, sino de reconocer algo que tengo delante, a mi lado; de descender a las bodegas de la intimidad y sacar de allí un puñado de verdades sinceras. La música crece así libre y maravillosa a pesar de las notas, apenas apoyada en unas teclas que intentan adaptarse a un movimiento.

También mis pensamientos se adaptan al paso cambiante de esta luz que se desvanece en la sombra de una nube. Una luz que desnuda la vida y la materia, que traspasa los cuerpos y los ilumina porque comparte su misma naturaleza; una luz viva y material. A mi lado, el rumor del agua del río tiende al infinito; un infinito circular que me recuerda a algunos cuadros de Escher o a ciertas composiciones musicales como las fugas de Bach; una progresión imposible en la que, como en un milagro, una cosa se convierte en otra de forma natural.

Posiblemente las leyes que rigen el universo puedan ser entendidas algún día como composiciones musicales: las mismas

que envuelven nuestros pensamientos y emociones. Estoy convencido de que muchos de esos pensamientos y emociones inciden de una forma especial en nuestra genética. Creo que la vivencia de algunos instantes especiales –plenos, íntegros, sanos en su más honda acepción– no sólo repercute en una mejor salud, sino que se incorpora de alguna manera a nuestro ADN, a nuestra genética. Así entiendo la responsabilidad que tenemos todas las personas de transmitir la mejor melodía posible a las siguientes generaciones.

Esta tarde siento cómo la música se dispersa en el aire, levantando a su paso los papeles desperdigados en el suelo de mi memoria. Ahora me gustaría bajar hasta aquella playa en la que nos abrazaremos por primera vez, por un sendero pedregoso que ya no pertenece al pasado, sino que se asoma al futuro... Un camino en pendiente, flanqueado por lilas silvestres entre invernaderos de tomates. La luz reflejada en los techos de plástico les da ahora la apariencia de un océano brillante. Al final del camino, los acantilados verticales son zarpazos de uñas gigantes en un velo plateado.

El mar se ondula con fuerza dentro de mis ojos, las olas crecen y se derrumban con estrépito al borde de la playa. Silban las

grandes hojas de las palmeras. Las venas de espuma blanca se cruzan a lo largo de la orilla. Parecen vetas de nieve sobre las piedras redondas... Cantos tallados con esmero durante millones de años. El viento se encrespa de repente y saltan los crestones blancos de las olas. Saltan y se despedazan en el aire. Las barcas de pescadores se cobijan boca abajo en una zona apartada. Por la noche, si cesa el temporal, llevarán encendidas grandes lámparas para la pesca de la sardina.

El espectáculo de los acantilados se yergue otra vez aquí delante, como la visión de mi hogar, abarcando toda la mente... Escucho su música dentro de mis ojos. Una pequeña ola surge desde la lejanía en un golpe de viento, y la roca la presiente. Su cresta blanca cabecea, empujada por las olas que nacen a su espalda. Se va ensanchando lentamente y se acerca. Enseguida está aquí, y su interior se vuelve un abrazo oscuro, amenazante, antes de romper a pocos metros de la orilla. Golpea con furia la piel seca y arrugada de la piedra, se convierte en una cascada blanca que parece humo, y resuena como un grito de placer o una queja entre las oquedades de las rocas. Las olas tienen su ritmo. También la espuma. Arrastradas por el viento galopan como caballos, embisten

como carneros sobre las piedras. Látigos del mar y silencio. Sus vientres oscuros llevan el rumor de una batalla. Las olas crecen, también lo hace la espuma. Y el silencio...

El agua parece buscar algo mientras recorre la arena. Miro cómo se deshace su espuma y cómo brilla al sol la piedra empapada. Después cede el empuje del agua y todo el mar retrocede. Durante unos pocos segundos todo es silencio sobre la arena mojada y después, como si la vida no pudiese detenerse en ninguna estación, rompe otra ola contra las piedras... Ahora es el mar el que insiste y moja las rocas, pero otras veces es la roca la que aguarda al borde de un mar perezoso que apenas se mueve.

Se alborotan las ruidosas hojas de las palmeras, una toalla despistada inicia un vuelo raso, los papeles revolotean, el mar enfurecido se torna vibrante y denso. A pocos metros, unos niños de rostros morenos tiran piedras a olas que se deshacen siempre en espuma; como notas finales de un piano que se estira por dentro. Una débil lluvia se mezcla con las gotas saladas que el viento arranca de la superficie del mar. La luz de la tarde se deja vencer. La línea del horizonte parpadea hasta esconderse. Comienza a

hacer frío, el viento arrecia. A uno de los geranios que improviso le queda sólo un pétalo. Rosado. En contraste violento con el color del mar.

Seguramente tardará poco en volar.

Ya.

Voló...

Un día el despertador sonará muy temprano. Tú te moverás instintivamente y lo apagarás. Después volverá a sonar cinco minutos más tarde, lo apagarás de nuevo y me abrazarás. Y así permaneceremos, abrazados y en silencio, hasta que vuelva a sonar por última vez. Entonces te levantarás de la cama, aún adormilada, y saldrás de la habitación. Escucharé cómo cae el agua de la ducha y cómo abres el armario del cuarto de baño. Después volverás a entrar en la habitación y te vestirás mientras me cuentas en voz baja cómo se plantea el día. Me levantaré para tomarme un café contigo en la cocina. Te sentarás varias veces en mis rodillas y te miraré como se mira a la persona amada. Prepararás luego tus cosas, me volverás a besar y te irás a trabajar. Yo te seguiré mirando desde la ventana hasta que dobles la esquina de la calle.

Después es posible que me tome otro café y reflexione sobre algún tema en el que esté trabajando o me interese

especialmente. O tal vez decida pasear por el río, como hoy, bajo estas nubes pardas, casi cenicientas, mientras llevo en la mochila varios textos para revisar. También es posible que entonces, como ahora, piense en los alumnos que asisten a mis clases y en la mejor forma de ayudarles. ¿Y cómo podría hacerlo si yo mismo no estuviese dispuesto a mejorar, a exigirme más, a ser más cuidadoso o más humilde? Estoy seguro de que tú compartirás plenamente estos sentimientos. Creo que la educación de una sociedad necesita, entre otras muchas cosas, profesores que no se mientan a sí mismos. ¿Cómo, si no, podría enseñar respeto el que no respeta? ¿Cómo se puede mostrar la hondura, la sencillez o la belleza de algo si uno mismo no lo vive así?

Pero hay algo más que también me parece imprescindible para poder llegar a ser un buen maestro (en cualquier disciplina del conocimiento): la capacidad de contemplar una misma cosa desde diferentes perspectivas. Y no creo que esta capacidad tenga que ver con la astucia, ni con la erudición, sino con una disposición del ánimo y una cierta humildad que engrandecen la mirada. Así resulta mucho más asequible entender un concepto –por árido o complejo que parezca– y

hacerlo comprensible a los demás. Sólo así es posible contemplar con respeto a la persona que desea aprender y adaptarse a sus necesidades.

Recuerdo que hace años, cuando era estudiante universitario, una compañera me pidió que diera clases de matemáticas a su hermano pequeño. Era una chica guapa, pelirroja y poco habladora, a la que le apasionaban las canciones de Tom Waits. Su hermano –según el diagnóstico de sus tutores– era un niño muy torpe, que apenas se fijaba y que iba a repetir curso inevitablemente. Algunos de sus profesores habían insinuado incluso la posibilidad de matricularle en un colegio adaptado a sus pobres condiciones. En realidad, ni ella ni su madre pretendían que aprobara matemáticas –eso era imposible–, sólo deseaban tener a alguien que le ayudase a fijar un poco más la atención. Le contesté que no me comprometería a nada hasta que viese con mis propios ojos sus capacidades. Recuerdo que sonrió con cierta amargura, quizás porque no era la primera vez que alguien le decía eso o tal vez porque nadie se lo había dicho nunca de esa manera.

Estuve dos horas con él, procurando caminar con prudencia entre sus dudas, buscando sus cimientos. Palpé su

desánimo, pero no descubrí nada que pudiera asemejarse a la torpeza. Me pareció un chaval inteligente y despierto, así que me comprometí a darle clases dos veces por semana. Recuerdo lo mucho que disfrutamos juntos aquellas tardes. Nos pusimos a jugar con las operaciones entre los números, les perdimos el miedo y las desvestimos de significados oscuros o intrincados. El tiempo se nos pasaba volando, él disfrutaba de su notable capacidad y yo tenía muchas veces que apaciguar mi emoción.

La primera vez que aprobó un examen me llamó por teléfono para decírmelo, como si yo fuese su padre o un hermano mayor. Nunca me sentí eso, ni quise que él se confundiera, porque lo cierto es que le contemplaba desde otra posición, aunque no menos cercana. También yo le veía por dentro, percibía cómo se iban desatando sus nudos y cómo se fortalecía su intuición hasta entonces simplemente cohibida o frustrada. Me alegré mucho, pero le dije que ése era el primer paso, que aún lo haría mucho mejor. Entendió todos los conceptos que se exigían en su curso y aprendió algunos muy útiles para el curso siguiente. A pesar de los suspensos que arrastraba desde el comienzo de las clases, consiguió sacar notable de nota media.

Su madre y su hermana no sabían cómo agradecermelo y sus profesores decían que era algo insólito. Pero soy yo el que siempre le agradecerá haberme mostrado, tan bien y tan de cerca, su innata capacidad de aprender.

Una fuerte ráfaga de viento me obliga a detenerme. Levanta el polvo del camino y se lleva la imagen del recuerdo. Por un momento me veo sumergido en una nube densa y seca. Como dentro del tiempo, sólo veo polvo por delante y por detrás de mí. Cierro los ojos y aguardo unos segundos a que se disuelva. Después contemplo el largo sendero de arena que atraviesa el valle de este a oeste. A ambos lados, donde hasta hace pocos meses había extensos campos de maíz, crece ahora el trigo recién nacido, tan frágil y delicado como cualquier ser que comienza a existir. En un huerto, una enredadera se abraza a la fachada de un viejo corral. Todas estas imágenes que recogen mis ojos y se reúnen dentro de mi cabeza evocan una misma sensación, imposible de definir en un solo concepto. Podría hacer escultura con ella, o pintarla. Podría tratar de narrarla, y al hacerlo debería considerar su locura, pero también su orden y su mansedumbre.

¿Cómo podría describirte este orden que parece insinuarse de un modo sutil en

la existencia? ¿Esta simetría, tan evidente y tan leve al mismo tiempo? Pienso de nuevo en las matemáticas, en sus leyes, en los modelos teóricos que explican la disposición de las semillas en el interior de una manzana o de un girasol. Sé que hay ciertos números que aparecen de manera constante en la naturaleza*, determinadas proporciones que hacen crecer del mismo modo los pétalos de una rosa, las conchas de muchos moluscos o la Vía Láctea. Y es posible que en su irracionalidad, en sus hermosos cuerpos curvos, se encuentren algunas explicaciones sobre nuestro propio modo de pensar o de sentir. Tal vez, si algún día fuésemos capaces de escuchar este equilibrio que late como el mismo corazón de la naturaleza, también seríamos capaces de comprender el infinito que nos rodea. Supongo que por eso Platón aseguraba que la contemplación de las verdades matemáticas era digna de la divinidad. Aquí, ahora mismo,

* Una de estas constantes es «phi» (1'6180339887...), un número irracional de infinitos decimales definido por Euclides y llamado también “proporción áurea”. Esta proporción geométrica que tiende a aparecer en numerosos aspectos de la realidad –el crecimiento de las hojas de muchas plantas, la cría de conejos, fenómenos de óptica, la estructura de huracanes o de galaxias en espiral, etc.– ha sido objeto de interés de artistas y científicos a lo largo de la historia.

simplemente me siento incapaz de separar la naturaleza, el arte y la ciencia.

La belleza austera de las matemáticas posee un indudable sentido lúdico. El hecho de haber jugado en mi infancia con ecuaciones de segundo grado o con derivadas ha contribuido a que las curvas posean un significado casi familiar; también las no derivables (el copo de nieve de Koch o el triángulo de Sierpinsky) y aquellas curvas imposibles consideradas en un primer momento como una galería de monstruos y que más tarde supusieron un reto para mis inquietudes científicas. No deja de ser un hecho significativo para un niño que la curva muestre su mensaje abstracto de manera tan cercana y natural. Tal vez por eso mismo palpé tan pronto la melancolía.

El primer infinito que entendí —el aleph sub cero de los números naturales— apareció a la orilla del mar, sentado en la arena de la playa. La idea de que el conjunto de los números naturales tuviese el mismo número de elementos que una de sus partes (los pares o los impares, por ejemplo) sobrepasaba inevitablemente el viejo principio de Euclides de que el todo es mayor que la parte. Recuerdo también lo que sentí al ver cómo se disponían las fracciones de Cantor, el primer hombre

que demostró que no todos los infinitos eran el mismo. Su sencilla explicación por reducción al absurdo trajo al mundo la potencia del continuo. Para mí no se trataba de una simple cuestión de sofisticación de la mente humana, sino de la búsqueda de ese descanso inalcanzable que se encuentra siempre un poco más lejos de donde nos encontramos a cada instante.

Me gusta entender el infinito como entiendo el roce; el del viento en la hierba, el de la metáfora en las neuronas, nuestras caricias... Si infinito puede ser el roce de un ser con otro ser, también entre ellos se abre otro infinito que los separa. Las curvas asintóticas de mi infancia sólo se encuentran con su eje en algún lugar del infinito o de la nada. Se van acercando irremediabilmente a él cada vez más, aunque nunca lo toquen. Una mirada ajena, distante, verá seguramente un mismo cuerpo indiferenciado, pero lo cierto es que ambos –la curva y la recta– sólo se rozan infinitesimalmente. El infinito está en lo real, a nuestro lado, resuena en lo macroscópico y en lo microscópico, en nuestra nostalgia y en nuestra esperanza.

Indudablemente el conocimiento humano es también un roce cotidiano con las cosas, un modo paciente de mirar y

de acercarnos a la realidad. Y al mirarla de nuevo ya no estamos en el mismo lugar desde el que alzamos la vista. A veces miramos y no podemos decir más que «infinito», porque formamos parte del movimiento o de una cierta simetría universal, y cada ser humano es uno de estos frágiles tallos que mueve ahora el viento... Pienso ahora cuánto he disfrutado contemplando algunas pinturas de Magritte o leyendo algunos relatos de Borges –su «libro de arena» o «la biblioteca de Babel»– que describen visualmente lo paradójico de nuestro conocimiento. Probablemente haya tanto conocimiento en las «Hilanderas» de Velázquez como en algunos postulados budistas o en la «teoría de cuerdas» de la física actual. Del mismo modo que todo el universo está interrelacionado y que cada una de sus partes está presente en el resto, también nuestro conocimiento se halla presente en muchas disciplinas artísticas, algunas de las cuales están desterradas o prostituidas en los hábitos comerciales actuales.

El infinito se muestra con claridad en el propio proceso de observación que lleva a cabo la ciencia. Cada vez que se ha rozado esa partícula subatómica que parecía ser la unidad básica de la materia, se ha ido descubriendo que en realidad

se encontraba dentro de una red mucho más compleja que sobrepasa nuestra capacidad de mirar entre la espesura. Lo mismo ocurre con los principios vitales del ser humano, los componentes esenciales de nuestra conciencia o de nuestro espíritu, a los que Bertrand Russell llamó «hechos atómicos». Y algo similar sucede también paseando por este camino que conduce al río; tan cotidiano y, sin embargo, tan desconocido; en el que la realidad de las cosas se ofrece siempre en múltiples dimensiones. Y muy pocas están al alcance de mis sentidos.

A medida que nos internamos en el misterio de la materia nos damos cuenta de que es una ventana hacia esa inmensidad oscura y luminosa que sobrepasa nuestra comprensión: una cascada en la que se precipitan nuestros más audaces pensamientos. Y tal vez la principal flaqueza que caracteriza al ser humano –a mí desde luego– es no ser capaz de sostener la visión de esa inmensidad, de esa cascada insondable: de amar y de contemplar, en definitiva. Si lo hiciéramos, estoy seguro de que construiríamos un mundo infinitamente mejor. A veces tengo la impresión de que cuanta mayor es la belleza, mayor suele ser también la sombra de la noche. Pero, por eso mismo,

mi mayor ilusión es compartir contigo la aventura de mirar la inmensidad, de permanecer junto a ella.

Mi actitud no es estática, porque ni proviene del conformismo ni está atenazada por la obsesión de rellenar el tiempo. Es fruto, más bien, del intento de unir la acción y la contemplación en un mismo movimiento. Esta visión del paisaje que ahora me rodea no podría resumirse en imágenes aisladas, sino en algo unitario que está relacionado con la infinitud y con el equilibrio, y que no se puede reducir a unas cuantas proposiciones más o menos lógicas, atómicas o subatómicas. Por eso mismo tampoco me gusta parcelar el tiempo, vivir el momento ansiosamente, en un solo sentido. Esa forma de vida me parece una continua evasión. Y yo no quiero huir de ti a cada instante, sino caminar contigo; también esperarte y sentirme esperado. No deseo construir sólo para ocupar el espacio, sino para habitar juntos el infinito presente. ¿Y qué construcción puede ser más importante que el propio camino?

Estoy seguro de que si lo hacemos desde la eternidad presente nunca nos faltará –ni nos sobrarán– tiempo.

Ayer me entretuve un buen rato observando a un grupo de pequeños peces en un remanso del río, al borde de los juncos. Eran peces largos y esbeltos, tal vez crías de barbos, recostados sobre el fondo, sobre la arena aún tibia del atardecer. Sólo uno de ellos, supongo que el más desconfiado, se escondió varias veces bajo una piedra. Los demás siguieron descansando durante todo el tiempo que estuve con ellos. Me senté mirándolos en silencio, sin pensar en nada, sin palabras. Después, aquel reposo de los peces me invitó a reflexionar sobre el nerviosismo que me invade en ocasiones sin ningún motivo aparente: una especie de ansia, de prisa, que surge espontáneamente y distorsiona mi visión de las cosas.

Probablemente este nerviosismo impetuoso no sea una singularidad personal, sino una cuestión universal, no lo sé. Quizás todos nos hemos acostumbrado a movernos demasiado inquietos por nuestra mente, sin sentir la realidad de

un modo más sereno, más hondo, más provechoso. Y tal vez sea ésta una de las razones que explique nuestro paso errabundo; este caminar aferrados a unas toscas ideas sobre las que tratamos de hacer girar toda la realidad: la satisfacción inmediata, la ausencia de valores morales universales, la mistificación del erotismo, la fe en el progreso material, una frágil tolerancia...

Mirando esos pececillos, y el entorno del río, me di cuenta una vez más de la oportunidad que ofrecen los cambios de perspectiva para situarme de una manera más digna ante la existencia; aunque sólo sea para salir de mi azacanada mente durante unos pocos minutos y poder entrar de nuevo con la visión de otras cosas. Por eso valoro tanto el ejercicio de la contemplación, porque sin ella me parece muy difícil mirar y expresarme con dignidad. Supongo que todos aquellos que deseaban condenar a Galileo por afirmar, siguiendo a Copérnico, que era nuestro planeta el que giraba alrededor del sol son los mismos que volverían a condenar –ya lo hacen– a cualquiera que contemple la vida más allá del egocentrismo de la mediocridad.

Tal vez esta prisa, esta vehemencia, esté ligada al vicio de vivir para aparentar. Así

podría entender, por ejemplo, el énfasis de tantos consejos publicitarios que incitan a quedar bien, a agradar, a seducir... Todas ellas son acciones inmediatas, que no suponen una proyección de futuro, sino el cumplimiento de un deseo urgente y a menudo muy caprichoso. El problema es que esa excesiva preocupación por quedar bien, por gustar, tiene muchos efectos nocivos en todos los órdenes de la vida, también en el lenguaje. Porque incluso las palabras mueren con la prisa: van perdiendo su sentido originario –el que las puede hacer libres– y se convierten en convencionalismos, en tópicos, en falsas verdades. Y digo falsas porque no se asientan sobre una verdad profunda –que siempre necesita tiempo para encontrar su equilibrio entre lo reflexivo y lo emotivo–, sino en una verdad convencional, usada para salir del paso. El tópico no sólo representa la renuncia al pensamiento propio, sino el deterioro progresivo de la vida interior.

Lo mismo que un árbol pone en contacto lo subterráneo con lo etéreo, también la palabra pone en relación lo de dentro con lo de fuera. Y ambos exigen un lento proceso de maduración. Cualquier palabra necesita madurar en la soledad de un espacio y de un tiempo antes de

ser un signo comunicable. En ellas se da forma a la intuición y al pensamiento, al anhelo y a la decepción. En mi caso, ellas son mis actos, mi compromiso, porque ya no veo la diferencia entre una cosa y otra, porque lo que pienso es lo que escribo y lo que hago. Con ellas muestro el alcance de mi delicadeza y el de mi ignorancia, las promesas que alberga mi corazón; la valentía, la justicia y la pobreza que te puedo ofrecer. Por eso quiero dedicarles mi tiempo. Ellas son la forma de mi alma, ahora que la palabra parece perder en tantos rincones su valor, en esta época de tantas etiquetas y eslóganes vacíos que no representan ninguna realidad más allá de la hipocresía o del marketing.

Creo que era Platón el que aseguraba que el amor es un anhelo de engendrar en la belleza, y algo similar podría decir hoy de la palabra; un anhelo que puede hacer surgir lo más noble de nosotros mismos, ya que en esta lenta maduración se va desvelando poco a poco el sentido común. El amor que siento –lo que me relaciona de algún modo con la belleza– no es simple fascinación, ni se difumina en estériles escenas psicológicas. Sólo se mueve en armonía con la feliz tristeza del paisaje, porque esta luz que va ocupando lentamente los campos tiene el mismo

poder del fuego que revela y pule la intimidad. Mirándola, me parece evidente que el sentido de las cosas no sólo varía en función del cristal con que se miran, sino de la luz que las recorre y alumbra por dentro. Porque la luz es la herramienta principal de nuestro conocimiento, estamos hechos para conocer a través de ella. Por eso las cosas se pueden apreciar con claridad, concretas y sin duda, como la luz del mediodía, cuando la mañana reposa y la claridad se extiende derramando su dicha; nebulosas y difuminadas como los bordes de una sombra; oscuras y cerradas como su centro. Y algo de lo que se busca siempre permanece invisible en su interior.

En esta vasta biblioteca que se consume en el fuego de la tarde percibo la vida que se alza sobre mi cuerpo. Y me siento incapaz de separar el anhelo de tu presencia de ese otro anhelo vital que da forma y soporte a mi radical existencia. Pero sé lo difícil que resulta contemplar con cierta profundidad el interior de una persona, penetrar en la penumbra de su corazón, y me pregunto si algún día podré ver tus sentimientos como puedes contemplar los míos; saber qué deseas, qué ves y hasta dónde te acompaño. Me lo pregunto ahora, en la paz de la tarde, mientras escucho mi respiración y el

viejo corazón de un reloj oculto tras unos libros; al sentir la oportunidad de contarte algunas cosas, nuevas y viejas como las marcas de nuestros rostros. Son palabras que he ido recogiendo entre las piedras del río y las hojas de los árboles. Confío en que puedas escucharlas y espero ser capaz de mostrártelas en su dimensión aproximada, aunque apenas vea sus límites, ni los imagine.

Sin duda me siento atraído por esta realidad tan difusa, tan difícil de concretar, y me guío por el impulso de conocerla, de respetarla. Estar dispuesto a caminar sigue suponiendo, en tantas ocasiones, perder amarras con la realidad para volver después a reconocerla mejor; con la esperanza de fondo que descansa en mi mirada, aunque siempre me encuentre bordeando el conocimiento y palpando el misterio. En este entorno del viajero –ahora sé que escribir es una etapa más del arte de viajar– me he dado cuenta de lo volubles que resultan muchas limitaciones, y que cualquier decisión de la voluntad abre siempre un abanico inaudito de nuevas posibilidades. Eso sí: intento que mi voluntad no sea simple imprudencia. Porque avanzar cuando no está claro si algo está bien o mal no me

parece una muestra de valentía, sino todo lo contrario.

Recuerdo que una vez, cuando aún era adolescente, vi una palabra saliendo de una boca y traté de seguirla. Tomó un camino estrecho y largo, como el interior de una tubería. Después perdió peso y comenzó a ascender. Atravesamos juntos el cristal de una ventana, rozamos unas tejas y nos precipitamos en un rápido vuelo siguiendo el rumbo de alguna extraña migración. No tardamos prácticamente nada en superar las nubes más altas, donde todo se hizo oscuro y tuve que sujetarme con fuerza a ella para no caerme.

Después dejé de sentir la gravedad y pude mirar alrededor con más calma. A mi izquierda, una gran nube de gas y polvo giraba cada vez más deprisa formando un disco. (Es posible que fuese el plano de la eclíptica, aunque no estoy seguro). Por todas partes las estrellas se expandían y se transformaban en gigantes rojas, o se enfriaban lentamente convertidas en enanas blancas y negras. Aparecían igual de lejanas que siempre, como un cubito de hielo en el fondo de un vaso de ron, aunque ahora diría que aquella palabra volaba en un tiempo desconocido, imposible de conjugar. Después vi volar cerca otra palabra y un poco más adelante dos o

tres más, y me pregunté si todas irían al mismo lugar.

Atravesé la oscuridad agarrado a su lomo, como si viajase por una sinuosa carretera comarcal en una noche cerrada; donde sólo las siluetas de algunos árboles marcasen tenuemente el contorno del movimiento. El brillo que había desprendido en algún instante aquella palabra, incluso las que había visto fugazmente alrededor, ya había desaparecido por completo. Si aquella palabra era el presente, todavía estaba yéndose del pasado y llegando al futuro; como un viaje sin duración del que, sin embargo, aún guardo algunos recuerdos.

Al fin llegamos a un extraño lugar, algo que parecía un cementerio de proporciones diminutas, no más grande que el brocal de un pozo. Todas las palabras de la historia estaban allí, todas, echadas unas sobre otras, formando un ovillo denso y extraordinariamente pequeño; desde la primera hasta la última, agotadas y sin fuerza. Las que iban llegando todavía abandonaban con un vago y confuso rumor su sentido. El resto –millones de millones, incontables– yacían abrazadas, mudas y frías. Aquella palabra que me había traído se incrustó entre todas las demás y escuché –tal vez sólo lo imaginé– un

saludo lánguido y después una despedida. Algo me pareció el sonido de un beso, algo también me recordó un reproche. Soñé un «cómo estás» en una voz femenina que me dio miedo; un «recuérdame que mañana...», que imitaba la voz de un hombre; un «me muero» que se repitió de nuevo antes de callar para siempre; una risa de niño y un «no te aguanto más» que me pareció insoportable. Después creí entender que ése era el lugar que para mí había dispuesto la vida desde aquel mismo instante.

Todavía hoy recuerdo su oscuro brillo apareciendo en un momento determinado y desapareciendo en otro indeterminado; un brillo sorprendente que dejó –en ese impreciso espacio donde no había ocurrido nada más que un relampaguito minúsculo– la sensación, tan real como cualquier otra, de haber atravesado un bosque ancestral o una ciudad sin tiempo; de haber recorrido el interior de mi propia conciencia. Me pareció que toda la vida pasaba por delante de mis ojos. Durante unos instantes pude verla, aunque aquella visión no cupiese en ningún conjunto de palabras. Contemplé un retazo de la vida íntima del universo a través de una minúscula grieta o de un poro de su piel. Aquel brillo mostraba también una evolución biológica

que proseguía su marcha a golpe de mutaciones, de palabras que surgían como burbujas dentro de una corriente de agua; en una especie de dialéctica de círculos concéntricos. Y después, otro zumbido de una luz tímida se lo llevó todo por delante, condenándome de nuevo a la nada más inmensa, al recuerdo absurdo de algo que ni siquiera era capaz de imaginar.

Sentí que alargaba los brazos al borde de un abismo. ¿Era yo una palabra? ¿Mi conciencia era una simple palabra que viajaba por un universo desmembrado? Lo cierto es que allí me quedé, de pie, al borde de aquel abismo, empujado y detenido al mismo tiempo por la inercia de la nada. No sé cuánto tiempo tardé en abrir los ojos de nuevo. Después, lentamente, la luz fue recuperando la apariencia de algunas cosas: una hoja, el límite de una sombra, el sentido de un gesto... Aquel silencio que me embargaba no era desesperanza, sino la invitación a un compromiso que no resultaba fácil de explicar; y también –ahora me doy cuenta– la gestación de un sentimiento de humildad ante mi propio origen. Tal vez por eso, a mi regreso, los demás se quejaban de mi poca expresividad. ¿Cómo podría haberles explicado que no podía quitarme esa visión de los ojos? ¿Cómo podría haberles

confesado que no sabría volver nunca de ese lugar que contiene todos los lugares?

Ahora acudo al río para pasear o sólo para mirar. Casi nunca soy capaz de escribir nada, porque mis pensamientos se deshacen en el aire que cuelga entre las ramas, en las estructuras que se forman y desaparecen en el fluir del agua; en el movimiento, la transformación y el cambio que conviven en la quietud. Pero sí quisiera acercarme a él para decirte algo en voz baja. Porque hoy es un día muy especial y quiero que conozcas mejor los paisajes que conforman mi modo de ser. Escribir se ha convertido en una forma de comprometerme, de buscar respuestas que me convenzan, aunque no me halaguen. Creo que escribo desde un exilio comunicable, desde un punto singular de unión entre las cosas, y la soledad que lo acompaña ya no es un lugar de partida, sino de llegada.

Cierro los ojos y los abro de nuevo. La luz sigue aquí, mezclada con el aroma de un guiso de carne y verduras cocinándose a fuego lento. Y siento también un ligero temblor dentro y fuera de mi cuerpo. Sé que tú eres parte de él, y sé que cuando despiertes no podré ofrecerte nada más que este peso azul y transparente que envuelve la habitación. Acaricio el cuaderno en el

que te escribo con la memoria distraída en la que nací, y escucho el latir del agua. Cruza el cielo una bandada de palomas sin peso –hoy más que nunca mensajeras– y siento el balanceo del tiempo en el péndulo de un vencejo en el aire. Al mirarte sentiré de nuevo la cercanía de todas las cosas y la impresión de hallarme ante alguien en quien confío absolutamente, que me tiende la mano y me acoge en su sencilla fortaleza.

Quizás el camino más seguro para encontrarse con la palabra sea el silencio: ese espacio donde nada se escucha pero todo está presente. Desde allí resulta más fácil encontrar después la palabra justa o, al menos, una que sea veraz. Porque también la palabra tiene la extraña facultad de acompañar al silencio, de contenerlo y de expresarlo. Tal vez sea la forma creativa con la que me siento más a gusto, la que refleja mejor la realidad de la que formo parte. Ahora sólo desearía escribirte una vez más algo que nunca termino de decir. Lo intentaré con un poema que algún día me gustaría leerte:

Ahora que este silencio nos delata
y nos ofrece el sueño
de hacer posibles los sueños,
decir una palabra sería
decirlas todas a un tiempo.

Las hormigas han estado entrando y saliendo de un hormiguero a pocos centímetros de mis botas, como una ciudad ajetreada. Ahora ha cesado su movimiento y la ciudad se desvanece cuando levanto mi mirada hacia la luna. Su luz tiene la capacidad de transformar el paisaje, de iluminarlo con una identidad propia. Lo hará dentro de unos minutos cuando se apague por completo el incendio de la tarde. Ahora mismo, como en un milagro, ambos –el sol y la luna– conviven pacíficamente en la frontera entre dos luces o, más bien, en una misma luz antigua, ya casi nueva.

La luz se pierde por momentos y yo trato de retener la claridad que aún brilla en mis ojos. Como un mendigo voy recogiendo los restos de luz dispersos entre las sombras, hasta que siento el frescor de la noche. Me pregunto de qué cielo o de qué infierno baja la noche, y cómo será el momento en que lo haga decididamente para buscarme. Hoy sé que baja para ascender juntos de nuevo a la luz recién hecha en la mañana.

Mientras le ofrezco sin reservas el breve y lento transcurrir de mi vida, noto que su silencio tiene el poder de desenredar las ficciones que aún crecen en mi interior como una enmarañada hiedra.

La idea de la muerte –su sensación–, se ha ido transformando con el paso del tiempo. De niño no pensaba nunca en ella. Después fui descubriéndola en otras personas, algunas muy cercanas, y comencé a aceptarla como un hecho doloroso pero necesario. Ahora, desde hace pocos años, la presiento a veces en cosas muy leves, como el olor de la hierba recién cortada. Pero su presencia tampoco me separa de ti. Es algo que también recorre este camino y que no cambia mis ideas sobre el amor, ni sobre la vida. Claro que me inspira temor, pero temo más hacerte daño cuando me llegue. Tanto la vida como la muerte me parecen manifestaciones de otra cosa. Y tal vez ni siquiera represente un distanciamiento real entre la vida y los cuerpos, sino un modo de entrar la vida en ellos de una forma todavía innombrable.

Hoy la miro como a la noche y a las estrellas que empiezan a despuntar en el cielo. Y sólo me gustaría regresar a casa con esta luz limpia que inunda el bosque; llevarte con ella la serenidad de las piedras, la delicadeza de las hojas, la inocencia

de la tierra blanda. Y recoger tu noche, cuando prendas en un candelabro la llama con el roce de mis pies en la madera; recoger entre mis manos tu sed de agua, tus pensamientos lilas en el aire, junto al valle, los peces y la luna. Para que esta brisa sea el aliento que necesitas, para que tengan sentido la destreza de mis manos, el balanceo de tu regazo, los garabatos en tu piel y mi rostro a tu lado.

Ahora que el sol declina, me adentro en el bosque para regresar por el pequeño puente de piedra sobre el río. Desnudas, las rocas airean sus nuevas y viejas cicatrices. Las miro como si me mirara a mí mismo. Acepto esta erosión inquebrantable que pule las aristas del tiempo; tan metida en todo y tan llena de vida; esta erosión que da forma a la belleza. Siempre había asociado el sonido de la erosión al golpeteo de los guijarros en la marea, pero aquí, en este momento, sólo podría decir que suena como un apagado crepitar en algunas rocas. Las contemplo como una única herida presente en todo lo que ha nacido. La luz aún muestra las oquedades, las fisuras, las grietas, los arañazos. Nada se mueve salvo una bandada de estorninos que vuelan hacia sus dormideros. El bien y el mal son los restos de ceniza que guardan entre sus alas. Me entretengo en

su difusa dicotomía y siento también las mismas cicatrices de las piedras, la huella inconfundible de mi nacimiento.

Siento sobre mi alma todo el peso de lutos antiguos, pero no me entristece. Nací con ellos y me he acostumbrado a su compañía, aunque no los comprenda. También esta luz entre los árboles es un acto de conformidad, sin urgencia, casi atemporal. Porque el anochecer es el momento del reencuentro de la tierra y la luna, el punto más cercano de unión entre ambas claridades. Lo escucho como una melodía de fondo, apenas sostenida por el pedal de un piano. La oscuridad está a punto de caer sobre las encinas y yo desearía estar ya de regreso, a tu lado. Siento la cercanía de las casas que respiran en la otra vertiente de la colina, casi a un tiro de piedra, y al mismo tiempo intuyo la distancia inabarcable que me separa de ellas. Pero al igual que esta luz tampoco siento urgencia. Sólo quiero recordarla bien antes de ofrecértela. Porque lo cierto es que aunque esta claridad no tiene el poder de juzgar, ni de castigar, tampoco ha sido ajena al dolor.

Aparto una rama que me impide el paso y luego aparto otra. Quizás haya sido por meditar en estas cosas tan inconcretas que me he visto encerrado de repente en

una intrincada red de ramas que borran el camino. Apenas queda un espacio libre entre los árboles y los densos espinos que crecen por todas partes; un túnel casi invisible adecuado para cuerpos más menudos. Acabo de dejar atrás el cruce de tres senderos y veo que he elegido el más difícil, una simple senda de corzos o jabalís. Observo cómo regresa confiada la noche a través de este secreto laberinto de animales. Escucho el sonido de la oscuridad que se acerca y después otro ruido más cercano, como el de un animal escondiéndose. Sin dar marcha atrás me encojo, inclino mi cuerpo hacia la tierra y avanzo con la esperanza de encontrar alguna referencia que me oriente en esta zona desconocida del bosque.

Unos minutos después la vegetación se ha aclarado, y la luz ilumina un espacio diáfano y circular que brilla como la llama de un fuego extraño, en el que la madera arde sin quemarse. Me siento sobre un tronco caído y contemplo de nuevo el fulgor de los árboles, como en una cariñosa despedida. Me gustaría transmitirme la dulzura de estos árboles, la alegría inspiradora de la noche; y mi inconfesable emoción cuando pienso que regreso para encontrarte. Nunca he vivido la espera en una actitud indiferente, sino

como el que aguarda la germinación de una cosecha o el crecimiento de un árbol. Porque para poder esperar se necesita haber sembrado antes. La luz de este claro del bosque refleja perfectamente la alegría y la paz que siento ahora mismo.

¿Cómo es posible esta paz? ¿Por qué este don que seguramente no merezco? Qué agradable es este camino entre los árboles. No importa por dónde regrese, porque siempre es ella la que me aguarda: una paz que también encontraré cuando me mires sin decir nada. Qué intensamente siento mis raíces subterráneas en este lugar tan sencillo, hecho de barro y de ramas, no devorado por el vacío, sino que lo acompaña amablemente. Hasta el silencio viene a cobijarse en la armonía de esta luz. Y no sé si son los árboles los que apoyan sus cuerpos en la noche o es ella la que se acerca para descansar al cobijo de los árboles. La noche me recuerda a aquella primera masa informe de la existencia, a aquella primera oscuridad a la que hoy puedo dar forma de nuevo.

Me detengo unos instantes a la sombra de la propia tierra; no de un viejo roble, ni de una antigua choza deshabitada, sino del planeta, de la otra mitad del planeta: a la sombra de la mitad de la vida. Porque eso es literalmente la noche

en nuestra tierra. Respiro profundamente en la frescura de la tierra y advierto que el tiempo discurre ahora de forma distinta, a otro ritmo. En este silencio oscuro todo se apacigua, todo se expande. La vida ya no tiene la urgencia con la que se muestra a la claridad del día; una claridad hecha para las cosas cotidianas, para lo concreto. La luz del sol resulta tan reluciente que no consigo apreciar en ella la distancia al resto del universo. En cambio, ahora el cielo parece más cercano y accesible. Me resulta fácil centrar la atención en él, en su inmensidad. La visión de las estrellas me ofrece una cierta perspectiva de mi posición, la sensación de una distancia. Y no me parece una distancia inconmensurable.

Aunque no deseo compararte con otras mujeres, sí puedo hacerlo, en cambio, con la estrella que vislumbro ahora ante mis ojos y en la que nunca antes me había fijado. De niño había escuchado que en el firmamento estaban todas las estrellas, pero yo sabía que no. Ahora, al contemplar en silencio esta nueva luz sobre la constelación de Orión, pienso que sí; porque habrás querido detenerte para alumbrarme con tu luz apacible y alentadora, para ayudarme a sostener el peso que llevo sobre mis espaldas; como

esta estrella tan quieta y cercana que completa el universo.

El carbono es uno de los elementos que conforman la materia del cosmos, y resulta esencial para la vida. Y, como nosotros, también podrá combinarse para dar un diamante o una mina de lápiz. Porque también tú y yo estamos hechos de este mismo material, duro y dúctil al mismo tiempo. Por eso me siento atraído, porque la entrega es también permitir que el otro talle con sus manos el duro material del que estamos hechos. La creación a la que aspiro es el humilde acto individual de acompañarte y de ser acompañado; descubrirte lentamente, sin prisa, y caminar contigo. Sobre todo caminar juntos: asistir a tu vida como asisto cada día a este inagotable paisaje que me ofrece el camino del río. Creo que ha llegado el momento de intentarlo, ahora que la materia del porvenir está aún sin pulir, informe y recién nacida como la primavera. Y tal vez este gesto pueda contribuir a mejorar el entorno que nos rodea, el malecón de tantas voces pesimistas.

El vientre de la montaña duerme ya al regazo de la sombra. Una voz acogedora llega a tiempo de iluminar nuestra casa con la hermosa claridad de su silencio.

Ahora comprendo lo grata que resulta la noche para el que anda en paz, porque esta luminosa oscuridad ya no sostiene el humo de las hogueras, ni el ansia de las pasiones que decaen en la cintura, o mucho antes en la tierra agria y en las horas muertas. Miro nuestra casa desde la plaza y me dejo llevar por esta suavidad que no invita a la huida ni al desasosiego, sino que nace en cada punto con voluntad transparente, como una nota musical sobre su cuerda.

Antes de entrar miro cómo se reflejan en el agua las luces de las estrellas. Parecen palpitar en un sueño reposado y profundo. Dibujan un puente o una escalera hacia ese lugar donde también las ramas del bosque se bañan y sueñan. Miro el agua del río como puede mirar el mar desde el puerto alguien que regresa a casa después de una larga travesía. A mi alrededor todo está en orden. En su íntima soledad, en su centro, el bosque entrega las formas de su alma. En mi interior, en mi centro, sé que te esperaré siempre y que llegarás con tu verdadero nombre.

Durante años he estado escribiendo estas cartas a la orilla del río mientras veía correr el agua, notaba el peso de la luz sobre las hojas o escuchaba detenidamente el canto de los pájaros en la arboleda. Las he corregido una y mil veces: afinando expresiones (palabras, frases, párrafos), buscando el ritmo apropiado, haciendo visibles las imágenes, tratando de hilvanar sus páginas... Y seguramente no lo habré conseguido del todo.

Sin embargo, creo que ha llegado el momento de darlas por terminadas. Sé que reflejan una visión muy personal del mundo, sencilla y exigente al mismo tiempo; al igual que las cosas que he contemplado durante estos años: la luz, los árboles... El silencio.

De esta contemplación ha surgido también la invitación a un compromiso, con el entorno que me rodea y conmigo mismo. Un compromiso que va mucho más allá del intercambio de mercancías y sentimientos. Por eso tampoco han sido escritas para ser vendidas, sino para intentar compartirlas...